

R 30.712

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE GRANADA,

POR EL DOCTOR

D. FRANCISCO DE P. MONTELLS Y NADAL,

DECANO Y CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE CIENCIAS,

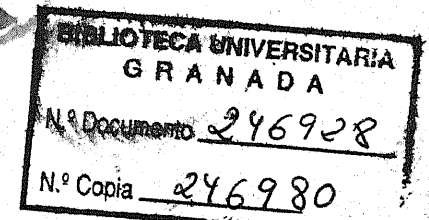
EL DÍA DE LA SOLEMNE APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1868 Á 69,

Y ESTADÍSTICA

DEL

curso de 1866 á 67.



GRANADA.

IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL.

1868.

10569

Excmo. é Umo. Sr. :

HACE ocho años que tuve el honor de inaugurar las tareas científico-literarias de esta Escuela, y lleno de fe y confianza me atrevi á reclamar del ilustre Claustro de la Universidad de Granada y de la distinguida concurrencia que asiste á esta solemnidad académica, la tolerancia é indulgencia necesarias á mi pequeñez é insuficiencia.

Y no creais, amados compañeros, que las circunstancias hayan variado. Falto hoy como entonces de dotes oratorias, careciendo de la elocuencia y erudicion indispensables para ofreceros un discurso acabado, digno de vuestra elevada ciencia y bien merecida reputacion literaria, no extrañeis que os recuerde tambien ahora, que venimos una vez más á abrir las puertas del templo de Minerva, que solo el cumplimiento de una prescripcion reglamentaria é indeclinable, y la honrosa designacion debida á la benevolencia de nuestro dignísimo Jefe, han podido colocarme, bien á pesar mio, en tan distinguida como espinosa posicion.

Acostumbrados á oir desde esta cátedra autorizados Profesores en los diferentes ramos del saber humano, ¿qué puedo yo presentaros, nó de notable y sublime, sino que siquiera merez-

SECRETARIA
1869

ca interesar por un momento la atención de tan sábio como respetable auditorio? Cuando mi vida marcha hácia el ocaso y mi peregrinación sobre la tierra llega á su término; cuando mi corazón se halla aun oprimido por el dolor y mi imaginación agostada por la desgracia; cuando mi voz enronquecida por treinta y cinco años no interrumpidos en el profesorado público ha perdido el timbre de la juventud y el vigor de la edad consistente; cuando, en fin, alcanzo ya esa época de la vida en la cual se han disipado las ilusiones, porque los desengaños han ahogado el entusiasmo y la esperanza, solo un esfuerzo supremo, auxiliado del cariño y amistad de todos vosotros, junto con la indulgencia de tantas eminencias aquí congregadas, pueden sacarme airoso de lo que me atrevo á llamar gravísimo conflicto.

La vida intelectual, Excmo. é Ilmo. Sr., se halla hace tiempo profundamente agitada en todas las esferas de su aplicación, tanto teórica y especulativa, como práctica y experimental. Todos quieren buscar la verdad científica para mejorar los goces de la sociedad; todos anhelan dominar la razón filosófica para cimentar las creencias religiosas y la moral que han de conducirnos á un bienestar duradero; todos pretenden desentrañar los recónditos secretos de los estudios administrativos y políticos á fin de que nuestra felicidad alcance el deseado apogeo; todos, por último, se afanan presurosos en hacernos creer que consagran sus vigilias revolviendo las ciencias teológicas, filosóficas y del derecho, las administrativas, políticas, naturales y de aplicación, para sorprender ese fantasma indescriptible que llaman *felicidad del género humano*; y sin embargo, el hombre cada un día se presenta más exigente y desgraciado; su ambición le ciega, la soberbia le ofusca la razón, el orgullo le emponzoña la existencia, y casi sin notarlo, niega en sus delirios el *principio increado*, para precipitarse en el abismo de su perdición.

El siglo décimonono envanece, y no sin razón, con los portentosos descubrimientos y grandes aplicaciones de las ciencias exactas y naturales, arrastrado lentamente por disolventes é irrealizables utopías, dominado por atrevidas empresas industriales y mercantiles que, llenas de lucrativa esperanza y material porvenir, atruenan el mundo positivo y sensible, y despiertan á cada paso el sentimiento de una codicia desordenada y jamás satisfecha; el siglo décimonono, repito, con todos sus adelantos, sus reformas, sus novedades y su exagerado refinamiento, ha bastardeado el santo dogma de las libertades políticas; ha presentado repetidos escollos á los que consagran sus vigilias al estudio, y desviando de la buena senda á los crédulos y espantando á los ilusos y fanáticos, ha inoculado un virus maléfico á nuestra bulliciosa generación, alimentando, tal vez sin advertirlo, los gérmenes de un indiferentismo grosero, de un positivismo exagerado, que alcanza ya los peligrosos límites de un escepticismo aterrador. Esto, en verdad, es el funesto legado que hemos recibido de las dos escuelas contradictorias que formaron el filosofismo del siglo que nos ha precedido.

Durante nuestra juventud, en esa edad dorada en que el cerebro está excitado por ideas halagüeñas y el corazón henchido de placer por un risueño porvenir, comparábamos también llenos de noble entusiasmo el magnífico horizonte que presentaba la segunda mitad del siglo XIX, y rebosando de fervor y esperanza, el alma se extasiaba con tan gratas ilusiones. Entonces elevábamos nuestras plegarias al Dios de lo creado, al ver cómo alcanzaban un feliz término las santas aspiraciones del cristianismo, cómo llegarían á confundirse algún día los intereses políticos y sociales de todos los pueblos, para establecer como dogma del progreso humano la confraternidad universal: *todos somos hermanos*.

Empero el genio del mal tiende sus sombrías alas sobre el humano linaje; y entre el confuso y estrepitoso ruido de tantos sistemas mecánicos, al través de los adelantos de las artes, de la industria, de la agricultura y el comercio, en medio de tanto portento como realizan á cada paso las atrevidas con-

cepciones del númen de las ciencias de aplicacion, un sordo rumor se levanta de todos los ámbitos de la tierra, un malestar general aqueja á la sociedad, y por todas partes se sienten los funestos efectos de una influencia latente y perniciosa, que socava y mina los cimientos del orden moral, y llegará tal vez á sumergir á la generacion presente en un caos tenebroso.

La *Ciencia*, cuyo sintético objeto no es otro que el estudio del hombre, ha sido invadida desde los tiempos mas antiguos bajo todas sus facetas, y presentada en sus diferentes órdenes y jerarquías, en todas sus variantes evoluciones.

Mas, si es una la naturaleza como su Autor, y no es tampoco más que una la ciencia de comprenderla, como exclamaba cierta eminencia al inaugurar entre nosotros el consorcio de todas las facultades en que aquella se divide, siguiendo la sublime inspiracion del célebre Bacon, ¿de dónde provienen tanta diversidad de pareceres, tantas opiniones encontradas y tantos sistemas contradictorios? ¿Por qué esta discusion universal, llamada filosófica, económica ó científica, que todo lo invade, y desde remotos tiempos trae á la humanidad confusa y agitada?... Si la ciencia es solo una y la verdad resplandece en ella como luminoso sol en el centro de su sistema planetario, ¿por qué esas encarnizadas luchas de principios que oscurecen la razon, ofuscan la inteligencia y hacen vacilar al hombre en el peligroso piélago de la duda? ¿Por qué esas continuadas controversias que inficionan paulatinamente el germen destructor, y engendran la desconfianza moral á aquellos que, llenos de fervorosa y ardiente fe religiosa, solo buscan la tranquilidad de la conciencia y la verdadera paz del alma?

Sí, Excmo. é Ilmo. Sr.: la *Ciencia* es solo una, sus diversas ramas emanan de un mismo centro, todas están íntimamente enlazadas con fraternal cariño, reciben de un mismo foco la sávia vivificadora que las fecunda, todas se dirigen á un solo objeto, coadyuvan á un fin idéntico, y arrullan solícitas al hombre para proporcionarle la *felicidad suprema* desde el claustro materno hasta mas allá de la tumba.

Empero los sábios de todos los tiempos y países, al penetrar

en el augusto santuario de la ciencia, han interpretado á su modo las santas y supremas leyes que Dios con su voluntad omnipotente é infinita imprimió á la materia, deduciendo á su antojo las consecuencias que mas se adaptaban á sus ulteriores especulaciones. Examinad, si no, esos antiguos sistemas tanto teogónicos como filosóficos de la primitiva India, de la conquistadora Persia, de la misteriosa China ó de la orgullosa Grecia; recorred con criterio desapasionado los esfuerzos que hicieron las escuelas que imperaron durante la dominacion romana; analizad sin prevencion la influencia que pudo ejercer la irrupcion de los bárbaros, la dominacion de los árabes, y sobre todo la risueña aurora que se inauguró con el cristianismo; estudiad concienzudamente la marcha de los modernos conocimientos humanos que, condensados en los claustros primero, han llegado hasta nuestros dias al través de las preocupaciones y de opuestos intereses, y bien pronto os convencereis que la humanidad desde su cuna viene meciéndose entre el oleaje de encontradas corrientes, entre el furor de distintas opiniones, entre la lucha de diversas especulaciones, y entre los vaivenes de sistemas antagonistas.

Laon-King, Zoroastro y Confucio, Homero, Sócrates y Platon, Orígenes, Arrio y Aecio, Mahoma y Lutero, reformadores ó sectarios; Tháles y Pitágoras, Anaximandro y Jenofonte, Leucipo y Demócrito, Zenon, Parménides y Aristóteles; los jónicos, los dóricos y los pitagóricos, los eleáticos y los sofistas, los atomistas, los cirenáicos y los cínicos, los estóicos y los eruditos, los gnósticos y los neoplatónicos, y cuantas sectas engendraron aquellos filósofos ¿no fueron escuelas que á su modo se consagraron al estudio y perfeccion del hombre? Los místicos y los escépticos, el escolasticismo y la dialéctica, Simon el Mago, San Justino y San Clemente de Alejandría, San Anselmo, Damas, Pedro Lombardo y Juan Roselino, Máximo, Boecio y Casiodoro, los Santos Tomás de Aquino, Alberto y Buenaventura ¿no buscaron tambien en el realismo platónico, en el peripato y en la teología racional el perfeccionamiento de la moral? Luis Vives, Bacon y Descartes, Malebranche, Spinoza, Pascal y Leib-

nitz, Newton, Locke y Condillac, Fichte, Berkeley y Kant, Hegel y Schelling, Creuzer y Krause, Coussin y Balmes; los ateos y los panteístas, los sensualistas y los espiritualistas, los racionalistas y los supernaturalistas ¿no se han afanado presurosos en sostener opuestos sistemas para buscar ese bienestar tan deseado?...

Separaos por un momento de las ciencias religiosas y filosóficas para dirigir vuestro criterio y atenta observación á las prácticas y experimentales, y allí encontrareis el mismo desorden, el mismo caos, idénticas controversias y acaloradas disputas. Asclepiade é Hipócrates, Philipo, Erasistrato y Galeno, Rha-zés y Avicena, Agripa, Cardan y Paracelso, Van-Helmont y Argentier, Hollack, Hoffmann y Boerhaave, Brown, Rasori y Tomasini, Barthez y Broussais, Hahnemann y Troussau, el meto-dismo, el dogmatismo y el empirismo griego, el electicismo de Alejandria, los humoristas y solidistas, los árabes siguiendo á Galeno y Aristóteles, el sistema chemiátrico de Sylvius, el iatro-mecánico de Borelli, el animismo de Stahl, el solidismo de Pinel, las escuelas química, fisiológica y orgánica de nuestros días, los homeópatas y los del contra-estímulo ¿no son doctrinas que de todos los tiempos vienen ostentando principios opuestos, que tienen por exclusivo objeto el estudio del humano linaje?...

¿Qué hicieron los antiguos químicos durante las diferentes vicisitudes que agitaron á las escuelas tanto filosóficas como médicas?... Seguir el impulso de las sectas dominantes, dejarse arrastrar por el torbellino filosófico de las teorías físicas, y protestar ante el testimonio de los sentidos y de la experiencia. ¿Y cuál es, pues, el origen de esta ciencia casi enciclopédica, que ha llegado á invadirlas todas y que todas vienen á beber en sus inagotables y fecundos manantiales? La química práctica es tan antigua como el hombre, la teórica ó científica pertenece á tiempos mas modernos. Emancipada de otras ciencias bajo cuyo amparo vivia pobre y enfermiza, los árabes son los primeros que en el siglo VIII de nuestra era cristiana la constituyen en ciencia grande por excelencia. Los alquimistas, supe-

ditados al dominio de las escuelas filosóficas reinantes, admiten sistemas y teorías ilusorias ó absurdas, hasta que la ciencia viene á constituirse sobre sólidos fundamentos, que ulteriores trabajos y nuevos descubrimientos han venido á consolidar. La astrología y la cábala, la alquimia y el luminismo, el arte es-pagírico, el flogisto y la escuela pneumática, los dualistas y los unitarios, desde Geber, Rogelio Bacon y Arnaldo de Villanueva, Raimundo Lulio, Paracelso y Palissy, Lefevre, Lemery, Homberg, Becher y Shahl, Schéele, Bergman, Priesley y Lavoisier, Ruelle, Guyton, Proust, Carbonell y Davy, Gay-Lussac, Thénard, Berzelius, Roura y Wollaston, hasta alcanzar á Dumas, Liebig, Graham, Regnault, Woelher, Cahous, Mistcherlich, Pelouze, Fremy, y tantas otras celebridades contemporáneas como se ocupan en reconocer los recónditos pliegues del velo que cubre á la naturaleza, no han hecho otra cosa que buscar sistemas y doctrinas para mejorar y enaltecer la condición humana.

En las ciencias políticas, administrativas y del derecho se descubren iguales evoluciones, las mismas tendencias é idénticos resultados; siempre la discusión para engendrar la duda so pretexto de estudiar al hombre. Allí teneis á los partidarios del sistema restrictivo, á los que defienden la prohibición absoluta y á los que acarician una libertad ilimitada. Los colbertinos y los fisiócratas, los libre cambistas, los sansimonianos y los socialistas, guiados por las inspiraciones de Sully, Colbert y Quesnay, de Bauban, Genovesi y Filangieri, de Malthun, Sismondi y Flores-Estrada, de Luis Blanc, Proudhon, y tantos otros como han aspirado á dirigir ó distribuir la riqueza y bienestar de las naciones, se afanan en escogitar teorías y sistemas, que algunos ofenden á la razón y á la moral, con el único y exclusivo objeto de mejorar la condición del hombre.

La ciencia del derecho ha recorrido entre nosotros, y aun entre la sociedad entera, iguales borrascas y encontrados tiempos. Y examinándola desde la primera legislación romana, las Constituciones de Caracalla y Eurico hasta Leovigildo, el Fuero juzgo, el sistema foral y los trabajos de Alfonso el Sabio, pasando

por los Reyes Católicos y los Monarcas sus sucesores hasta nuestros dias, ¿no se descubren tambien escuelas con tendencias y fines opuestos, siempre con aquel sagrado y primordial objeto? Ahí teneis las escuelas romanista y germanista que se disputan la bondad moral; la histórica y la filosófica vienen más tarde á reemplazarlas, para ser sustituidas por la subjetiva y la objetiva. Gregorio y Hermógenes, Teodorico y Justiniano, las Córtes de Castilla y Aragon, San Fernando, los dos Alfonsos X y XI, los Reyes Católicos y otros Monarcas que les siguen, las Córtes de Cádiz, hasta el último reinado, han presentado nociones fundamentales de la ciencia del derecho civil, cuyo elemento filosófico ha estado en abierta y contradictoria oposicion. Otro tanto se viene observando respecto al derecho criminal; y mientras unos legisladores quieren sembrar la superficie de las naciones de guillotinas y cadalsos, y llaman al verdugo el primer magistrado, otros, haciéndose intérpretes de la escuela liberal, y dominados por inspiraciones benéficas, hijas del cristianismo, quieren castigos mas suaves y humanitarios, ó al menos, que se conserve al hombre lo que el hombre no puede dar. De Maistre y de Bonald, Müller y Haller, Montesquieu, Taparelli y Feuerbach, Benthan, Blume y Girardin, Lucas, Cambronero, Cortés, Rosi y otros tantos filósofos y legisladores contemporáneos, nos han ofrecido con luminosas y sábias reflexiones, y con gran copia de datos, sistemas jurídicos diametralmente opuestos acerca la manera de castigar los delitos.

Mas, justo es que consignemos para consuelo de la humanidad, que entre estas opiniones y teorías opuestas y antagonistas, que muchas veces han cambiado al parecer la marcha progresiva de todos los conocimientos, y trastornado en ciertos casos á la sociedad, brillan por fortuna con resplandeciente aureola muchos principios fundamentales; axiomas que han nacido de una razonada y bien dirigida discusion, que han servido de guia á pasadas generaciones, y son en la actualidad el ansiado faro que enseña al hombre en su peligroso derrotero el suspirado puerto de salvacion. Verdades inconcusas que el sofisma ni el espíritu de partido han podido oscurecer, las cuales han zanja-

do los cimientos de una instruccion sólida y provechosa, para edificar sobre una basa indestructible el porvenir venturoso de la humana sociedad.

Ahí teneis, Excmo. é Ilmo, Sr., bosquejado á grandes trazos el cuadro que en el presente discurso me propongo estudiar.

Examinar con criterio concienzudo las escuelas que han pretendido avasallar á la razon y al entendimiento; analizar sin prevencion las oscilaciones que desde lejanos tiempos han hecho fluctuar á las ciencias; reflexionar sobre los sistemas que el humano saber ha puesto en boga para mejorar la condicion de la sociedad; dar á conocer estas trepidaciones y sacudidas que han cambiado mas de una vez la faz de las naciones; compararlos entre sí; poner de relieve las verdades que entrañan y los errores que contienen, ya en el órden moral, ya para el progreso material de los pueblos; vindicar á los estudios experimentales y de aplicacion de la mancha que una secta de hombres ilusos ha hecho recaer sobre ellos, llamándolos materialistas, indicando á la par, que antes de toda idea filosófica está la naturaleza, y que en la historia de la humanidad se descubre una escuela espiritualista, que tiene á esta misma naturaleza por fundamento, y que elevándose sobre todas las demás, está destinada á servir de basa y cimiento á todos los sistemas en general; despertar, en fin, la curiosidad de estos jóvenes alumnos que, llenos de ilusion y esperanza, penetran con tímida planta en este augusto santuario, para que sin preocupaciones ni ensueños alejen de sí el sofisma, la presuncion y el engaño, cualquiera que sea la forma como se presente, y no se dejen alucinar por una sabiduría falaz, hipócrita y mentirosa; imbuirles sólidas ideas de moralidad y de respeto, íntimamente enlazadas con el verdadero estudio y la sólida instruccion; enseñarles, por último, preceptos y doctrinas bien demostradas y basadas en nuestra sacrosanta Religion, para que algun dia sean virtuosos ciudadanos, honrados padres de familia, profesores ilustrados ó elocuentes repúblicos, capaces de empuñar el gobernalle del Estado.

I.

Existe en la conciencia humana una filosofía racional, que por criterio propio distingue lo finito de lo infinito, y, á su manera, sabe buscar la relacion que encadena lo contingente con lo necesario.

Nada más grandioso, nada más sublime y trascendental, Excmo. é Ilmo. Sr., que estudiar á la humanidad en su historia y variantes evoluciones para convencerse de un modo inductible, que de todas las edades, de todos los tiempos, aun de aquellos que apenas se conservan pálidos recuerdos, se descubre en la inteligencia una idea fundamental que domina á todo el humano linaje, y está como encarnada en su propia sustancia. Esta idea primera entraña en sí misma una verdad eterna, de la cual emanan sin esfuerzo alguno todas las verdades; es una idea que las envuelve todas y las resume y condensa dentro de su sublime esencia.

El hombre de los desiertos, el pámpana de los bosques, el esquilmaque y el hotentote que anidan en los hielos polares ó bajo los abrasados climas de los trópicos, entregados á sus instintos naturales, sin ninguna especie de instruccion, impulsados solamente por su propio elatério, se hallan alumbrados de un resplandor misterioso y no necesitan discurrir, sino que por una intuicion purísima ven lo incondicional, aceptan unánimes lo infinito y reconocen sin trabas ni obstáculos á lo único. De suerte, que la humanidad siente dentro de sí misma la idea eterna, en la que viene á refundirse lo heterogéneo ante la gran realidad que ordena é impera en el mundo fenomenal, ante el gran todo que lo absorbe todo y lo representa todo en la mas perfecta identidad, para explicar lo múltiplo por lo simple, lo vário por lo sencillo, lo compuesto por lo elemental, lo finito por lo infinito.

La idea de DIOS y de sus atributos se halla así en el orden intelectual absoluto, como en el orden de todos los séres: es una

idea que el hombre percibe en sí mismo, que está en su conciencia y que adquiere por su propio criterio. Nadie se lo ha dicho ni se lo ha explicado, nadie se lo ha hecho concebir, y sin embargo, siente en el fondo de su alma una inspiracion dominadora que le dice: ¡Hay un Criador! Una idea constante que le grita: ¡Hay una Providencia!

¿Qué representaban en las antiguas teogonías el Zervane de los persas, el Pironi de los egipcios y el Kokpiak de los asirios? ¿Qué era el Brahma de los indios orientales, el Budha del habitante del Ganges y el Chang-Ti de los chinos? ¿Y el Alfader de los escandinavos, el Aar-Toiou de la Siberia y el Bielbog que adoraban los primitivos eslavones, qué otra cosa indicaba más que el Ser infinito Criador de todos los mundos? ¿No nos dicen los descubridores de las dos Américas que en Santo Domingo se veneraba á Dios omnipotente con el nombre de Alabeira, en el Perú con el de Punchao, y en Méjico bajo la idea de la unidad absoluta y suprema?

Si la idea de un Dios Todopoderoso, padre y criador de lo existente, se halla encarnada en la humanidad por una intuicion purísima; si es un sentimiento enviado del cielo á los hombres, como lo atestigua la antigua y unánime veneracion de todos los pueblos, ¿por qué buscar la aquiescencia de las primitivas sectas, ni los ratiocinios filosóficos que formaron la infancia de las escuelas griegas? ¿Por qué interpretar la razon ni esforzar la inteligencia en demostrar una verdad suprema que está en la conciencia de todo el género humano?

Las primeras teogonías fueron un resultado necesario de aquel sentimiento universal, y su origen se pierde entre la oscuridad de los pueblos. Ellas se nos presentan ante nuestra reflexion como una consecuencia natural testificada y garantida por las promesas del mismo Dios. De suerte, que el principio religioso está encarnado en la idea del Ser Supremo, y fuera del alcance de las controversias de los filósofos. Pretender que la fe y la adoracion estén enlazados con las doctrinas cuestionables de las escuelas que aspiran á dirigir la razon, ha sido siempre una quimera, aun cuando se busquen en los replie-

gues nebulosos de la historia de la humanidad datos y manifestaciones más ó menos expresivos en el grosero fetichismo ó en las primitivas formas de las religiones.

¿Ni cómo sería posible subordinar un sentimiento del corazón á la severa lógica del raciocinio? ¿Cómo sujetar á la apasionada discusión, ni al concienzudo análisis filosófico todo aquello que está entrañado en la creencia y fe del hombre, que ha aceptado sin condiciones, que venera fuera de toda restricción ni obstáculo, porque es el resultado inmediato de aquella fe alimentada sin cesar por la llama santa y vivificadora de la revelación?

En vano pretenderemos buscar una relación íntima, un lazo indisoluble, una unión fraternal entre la religión revelada y la filosofía. La relación entre Dios y los seres, y cuanto existe de contingente, se nos ofrece como personal, está concentrada al individuo y pasa de lo *único* á lo múltiple; no es posible generalizarla, ni mucho menos buscar la armonía en el conjunto de reglas abstractas enlazadas por un pensamiento que se eleva sobre el mundo de las ideas, elaborado en la fantástica imaginación que las concibe. Por esto me atrevo á asegurar, que tanto Dupuis como Creuzer y otros sabios que han comparado las antiguas teogonías á la astronomía y leyendas calendarias, solo han probado la influencia del materialismo que dominó á muchas de las inteligencias que brillaron en la segunda mitad del pasado siglo.

Toda filosofía representa en el orden intelectual á la ciencia en su parte más sublime y delicada; está sujeta á reglas y principios que la reflexión y el exámen van perfeccionando por medio del buen sentido. La certeza es natural en el hombre, precede en la historia á toda escuela filosófica, y es independiente de las opiniones que sustentan las distintas sectas. Por esta razón no debe confundirse ninguna doctrina religiosa, ningún sistema de poesía, ni mucho menos ninguna de las cuestiones fundamentales que agitan á la humanidad en el terreno de la filosofía, con las puras emanaciones de la fe y de la revelación.

En todo sistema de filosofía se presupone un fondo de conocimientos adquiridos por la meditación y el estudio, los cuales

representan cierto desarrollo intelectual, que no puede atribuirse á la inspiración ni mucho menos á la luminosa revelación. La infancia de los primitivos pueblos nos ofrece irrecusables pruebas que así lo testifican, y la razón viene en apoyo de esta verdad incontestable.

El Asia se nos presenta como la cuna de las instituciones humanas. El Oriente envuelto en un misterioso velo nos ha transmitido por la tradición oral, entre la confusión y la duda, los primeros rudimentos de las artes y de las ciencias. Sus doctrinas místicas y religiosas se hallan mezcladas con ciertas reglas para el uso de la vida. La literatura oriental de los primeros siglos de la humanidad es un caos. Buscar en ella una escuela bien definida, un sistema ordenado, un límite que separe lo que es de Dios y lo que pertenece al hombre, es en verdad materia poco menos que imposible.

En el Egipto, en la Fenicia y en la Caldéa hallaremos algunos restos importantes sobre su teogonía y cosmogonía; pero en ellos desaparece todo principio filosófico, todo sentimiento racional para cimentar sus creencias sobre la tradición histórica. Los fragmentos de Manethon y los escritos de Sanchoniaton y Beroso presentan á la crítica poca veracidad en sus relatos, y por otra parte su autenticidad parece dudosa.

Entre el pueblo hebreo descubrimos á primera vista la unidad de sentimiento que sobresale en sus primitivos escritos, los cuales son el depósito sagrado de las promesas de Dios y de las tradiciones humanas; pero sus preceptos, siempre aislados y sin trabazón alguna, están fuera de las reglas filosóficas que constituyen la ciencia. Este pueblo supo conservar lo pasado para ilustrar el porvenir, y sus anales, aceptados como artículos de fe por las naciones más ilustradas, han servido de guía y fundamento al historiador para conocer el origen del mundo y el primer desarrollo de la humanidad.

Los medas y los persas pretenden que sus escritos tienen cierto carácter especulativo. Sus libros sagrados abrazan una parte mística exclusivamente religiosa, y otra que se ocupa de explicar los preceptos y opiniones acerca su teogonía. Es innegable

que el Zend-Avesta, conjunto heterogéneo cuya mayor parte se atribuye á Zoroastro, que vivió 1250 años antes de Jesucristo, reconoce una antigüedad respetable en sus preceptos y en sus mitos; si bien pudiéramos asegurar que los principios sobre que está fundado están tomados del Génesis. Empero ¿qué sabio ó erudito podrá afirmar que las doctrinas filosóficas que encierra el gran libro de los persas son contemporáneas de Zoroastro? ¿Pues acaso, no se nota una marcada diferencia entre el idioma del reformador y aquel en que aparecen escritas las doctrinas filosóficas del Zend-Avesta? Autores respetables que han consagrado sus vigilias á los estudios orientales, no titubean en asegurar, que la parte filosófica de este libro data de una época posterior á la conquista de los persas por los árabes.

En vano buscaremos dar á conocer el origen de la civilizacion entre los primitivos pueblos del Oriente. Parece que existe en todos ellos cierta uniformidad en sus creencias, cierta analogía en sus costumbres y semejanza en sus doctrinas. Sin embargo, la China desde su cuna ha pretendido formar una sociedad aislada. Su cronología presenta alguna regularidad; sus costumbres fueron siempre morigeradas, amantes de la sociedad y de las artes mecánicas; tenían una civilizacion especial, y estaban regidos por una autoridad suprema.

Fou-chi es considerado entre ellos como uno de los primeros sábios; y Confucio, que floreció 551 años antes de nuestra era cristiana, es para los hijos del celeste imperio un manantial inagotable, donde han saboreado los doctos y los filósofos las primeras aguas de la ciencia.

Muchos autores, sobre todo, de la segunda mitad del siglo pasado, trataron de ensalzar la filosofía de los indus, buscando en la originalidad de su arquitectura, en la solidez y magnitud de sus edificios, y en algunas notas astronómicas, una antigüedad que les ha negado el estudio. Antes de las conquistas de Alejandro el macedonio, solo se ve confusion y error. La perfeccion del sancrito, aun cuando se suponga anterior y raiz del zaid, del griego ó de otro idioma cualquiera, no establece de un modo real la prioridad científica y filosófica de los habitantes

del Indostan. La historia antigua de la primitiva India carece, pues, de datos ciertos, los documentos faltos de fe, las fábulas oscurecen y dominan á la tradicion, y las inscripciones son confusas y sin autenticidad; todo induce á creer que no formaron un pueblo compacto, ni mucho menos un solo estado político.

La sencillez y la frugalidad de los primeros pueblos desaparece con sus patriarcas y sus reyes; el engreimiento y la soberbia reemplazan bien pronto á la aplicacion y al trabajo, y el orgullo humano se ve representado en la maravillosa Babilonia y la poderosa Nínive, las cuales se ofrecen como monumentos grandiosos de ostentacion y opulencia. El Egipto, grave y floreciente bajo el mando de Sesostris, se eleva majestuoso con sus virtudes y sus leyes: un sentimiento de rivalidad sirve de pretexto para fomentar las pasiones, y la sabiduría, la prudencia y la templanza desaparecen como por encanto, y todos se aprestan para la conquista ó el combate. Sesostris extiende su poder por el Asia y las orillas del Ganges; mas la Persia de Ciro y de Cambises se eleva dominadora sobre todos los pueblos, y por medio de la conquista pretende civilizar el mundo conocido. El Oriente se desencadena sobre la haz de la tierra, y con su arrogancia aspira á constituirse en civilizador universal.

II.

«El pensamiento vive más que el mármol, y su influencia sobrevive á las naciones. Si ocho ó diez hombres en Grecia y en Roma no hubiesen existido ó no hubiesen pensado, no tendríamos filosofía, ni literatura clásica, educacion social, ni gobiernos libres: esto prueba no solo el poder del pensamiento humano, sí que tambien una voluntad providencial. La educacion nacional debe fundarse sobre el estudio de los grandes genios que han ilustrado al mundo.»

Ahí teneis, Excmo. é Ilmo. Sr., sintetizado por uno de nuestros pensadores contemporáneos el desarrollo del saber humano, su influencia en las primeras sociedades, y las grandes y

trascendentales consecuencias que la generacion presente ha deducido del estudio, acerca los pueblos que vivieron en remotas épocas.

El Oriente se ha convertido ya en el país de las ruinas y de los sepulcros, y sus emblemas misteriosos y complicados grológicos nos recuerdan la historia de naciones que ya no existen. ¿Qué se hizo de Babilonia y de Nínive? ¿Dónde están las soberbias ruinas que nos recuerdan á Palmira? ¿Qué esqueletos nos enseñan que allí existió Menfis, Tebas ó Pelusio?... Cartago ha sido borrada del mundo geográfico; aquellas Tiro y Sidon, que enviaban sus mercancías á lejanas tierras, se ven hoy sustituidas por dos miserables puertos; en los arenales del Nilo descuellan gigantescas pirámides que desafían el poder del tiempo, como triste recuerdo de pasadas glorias.

Grecia se constituye en nacion independiente. Los primitivos pelasgos, despues de haber luchado con los léleges, se establecen en tierras propias. No son aquellos vagabundos entregados á la caza y sin ningun género de civilizacion; no es un tropel confuso animado por el robo y la conquista, sino que cultivando las artes y la agricultura, vienen á formar una de las primeras naciones de Europa. Los helenos, raza tal vez pelásgica, ocupan la Tesalia, y sus descendientes se propagan por la Grecia occidental, personificando las cuatro razas principales, que se distinguen por especiales dialectos.

Varias tribus salidas del Egipto invaden el país helénico y andan errantes por la Libia para establecerse despues: modifican las costumbres de los naturales, é introducen nuevas artes, nuevas fiestas agrícolas, y hasta leyes tambien nuevas.

Empero el sello de originalidad sobresale identificado en todas aquellas importaciones: los griegos han sabido apropiarse las artes, las ciencias y hasta las costumbres de los primitivos pueblos, para cimentar una nueva civilizacion: evolucion político-social que fué, á no dudarlo, la cuna de la civilizacion europea. Su actividad sobrepuja á la de los fenicios, su valor aventaja al de los persas; y si en los monumentos griegos no admiramos las gigantescas y pesadas moles de la India y el Egipto, en

cambio el sentimiento estético se halla desarrollado con toda su gracia y esbeltez. La religion, el comercio y las alianzas aproximan á las diferentes tribus, y vienen á unificar el espíritu nacional. El tesoro inapreciable de la sabiduría se condensa en los templos de Esculapio; sus puertas están abiertas á todos los hombres de estudio; la gloria se mece esplendorosa sobre el genio, y solo las razas heróicas de los conquistadores imperan por la fuerza bruta, absorben en su despotismo los derechos iguales á sus semejantes, y dirigen á su antojo y albedrío los destinos de la Grecia.

Las anfictionías ó senados aristocráticos, revestidos de un carácter sagrado, guardadores de leyes ocultas y misteriosas, se reunen en el templo de Delfos para deliberar y fallar á nombre de los dioses. Estas asambleas adquirieron un poder omnímudo, y llegaron á cimentar sobre sólidas bases la nacionalidad. La expedicion de los argonautas, el sitio de Tebas, las luchas fratricidas, de que fueron teatro los palacios de Argos y Micenas, hasta llegar á la famosa guerra de Troya, nos demuestran el valor heróico de los griegos, cantado por una generacion de poetas ilustres, severos en demasía, y anteriores á Hesiodo y á Homero.

¡Homero! ¡Gloria tradicional que supo cantar la edad épica de la Grecia: la Iliada y la Odisea son la síntesis de la fe y del pensamiento! Guerrera y batalladora la primera, el entusiasmo y el interés se halla sostenido por la sencillez del asunto: moral y reflexiva la segunda, predomina en ella la prudencia y la astucia; empero ambos poemas deben considerarse como sagrados depósitos de los fastos nacionales.

El pensamiento filosófico, impulsado á la vez por el sentimiento religioso, por la poesia y por las costumbres, se desarrolló en su infancia bajo la salvaguardia de las tradiciones mitológicas. Hesiodo en su teogonía canta que el caos y el amor son los principios de toda existencia bien ordenada, el origen de la doctrina que separa la materia creada del elemento creador. El mismo Homero llama al Océano y á Tetis padres de los dioses y de los hombres. Así se observa que el sentimiento religioso existia ya cuando apareció la idea filosófica.

La mitología griega tuvo, si se quiere, en Asia su origen, de donde fué importada á Europa; pero su variación estaba encarnada con el arte, y sus adelantos y rápidos progresos eran debidos al genio asimilador é inventivo de los griegos. Por esta razon el crítico encuentra una diferencia marcada entre las formas grotescas de los unos y la elevación estética de los otros. En el Oriente el culto de la divinidad se representa con símbolos extravagantes, sacados los mas del reino animal; y estas monstruosidades, al abandonar su país, vienen á tomar la figura humana y el espíritu plástico de la poesía griega.

El culto público debía considerarse con un verdadero antropatismo; el politeísmo, siendo insuficiente para satisfacer al sentimiento y á la razon, se alejaba más y más de la inspiración religiosa, y este indiferentismo engendraba la duda y se divorciaba de la moral. El culto secreto consagrado á la meditación y al estudio reflexivo, ejercía en las conciencias una influencia directa, tenía gran poderío sobre el destino, y hasta en la vida individual; de suerte, que mientras el culto público impulsaba al arte, se entrañaba con él y le acariciaba en todas sus concepciones, el culto secreto se concentraba en el estudio filosófico, aun cuando no tuviese este nombre. Ved, ahí, cómo tomaron origen las instituciones religiosas secretas, fuente primera de aquellos rudimentos, que mas tarde sirvieron de cimiento á la filosofía.

Los históricos adquieren desde luego un misticismo perjudicial, que bien pronto se halló en abierta oposición con las nuevas formas religiosas; y los misterios de Samotrace y Eleusis, últimos restos del culto pelágico, degeneraron en secretas orgías y ocultas bacanales.

La poesía gnómica y lírica viene á constituirse sobre las sentencias de los Siete sábios, que no pueden ofrecerse como un sistema filosófico: solo en tiempo de Thales, que vivió 640 años antes de la era cristiana, es donde comienza á sistematizarse el espíritu de reflexión para adquirir un desarrollo científico.

La filosofía y la historia tienen en Grecia sus fuentes naturales en las teogonías religiosa y poética, y en las tradiciones

acerca los dioses y los hombres. Tal se reconoce al examinar los primeros escritos de aquellos que ya se titulaban filósofos. La mística, pues, cede el campo á la reflexión y á la verdadera ciencia, cuyo tránsito viene á reflejarse en los escritos de Fhe-recide.

Y si los estudios filosóficos tienen ya su asiento genuino en la tierra clásica de los helenos ¿qué vicisitudes y trastornos no experimentaron tambien para alcanzar igual beneficio los primeros ensayos acerca el conocimiento de las leyes que rigen al mundo fenomenal? ¿Cuáles no debieron ser los vaivenes y anomalías durante los primeros pasos hácia el conocimiento de la naturaleza? El instinto impulsa al hombre á la investigación; él le obliga á mitigar los dolores y conservar la salud para prolongar la vida. La experiencia y la observación guían sus primeros pasos; el empirismo concentra á su alrededor todo cuanto está bajo la inspección de los sentidos, y la tradición trasmite estos primeros rudimentos de las ciencias de una á otra generación.

La India, por medio de los sacerdotes, se apodera de los conocimientos adquiridos, y en los templos se estudia empíricamente al hombre enfermo. Los ídolos favoritos dispensan á manos llenas la salud ó el castigo por medio de crueles enfermedades.

La China, aislada de los demás pueblos, ha conservado al través de los siglos sus costumbres, su religion, sus leyes y su idioma. Separados del género humano, supersticiosos con sus emblemas y geroglíficos, ostentando una escritura complicada que solo conocen los mandarines, débese al celo apostólico de los hijos de la religion de Jesucristo, salvando peligros y dificultades, y exponiendo á cada paso su vida preciosa, las leves ideas que acerca de este pueblo se tenían. Por fortuna, las conquistas de la inteligencia en el siglo XIX han dado un gran paso hácia la confraternidad universal, y las murallas del celeste imperio, cerradas por tanto tiempo, han cedido al cañon británico de la moderna civilización. Hoám-ti, uno de sus primeros emperadores, reúne varias ideas esparcidas sin orden ni concierto, y viene á fundar una medicina difícil, en verdad, de una califica-

ción científica. El famoso libro titulado Nuy' Kim', que se atribuye á este sábio, es considerado como apócrifo por los críticos y eruditos.

Entre los egipcios, que antes de Josef conocian ya el arte de embalsamar, no faltaron algunos que se consagraron al estudio de la observacion y de la experiencia, y se dedicaron á la medicina: sus conocimientos empíricos abrazaban la agricultura, la geometría, la hidráulica y la arquitectura, y si se quiere, la metalurgia. Theyt, llamado por los griegos Hérmes y por los latinos Mercurio, se ha elevado á la categoría de los dioses. Su existencia es todavía problemática, y la enciclopedia hermética, sobre la cual se han hecho tantos comentarios y andan discordes las opiniones de los sábios, se consideraba como un depósito sagrado, donde se habian atesorado todos los conocimientos científicos hasta entonces adquiridos.

Los hebreos conocian tambien muchas reglas higiénicas y preceptos médicos, que pueden considerarse como la base de varios estudios de la naturaleza. Uno de los libros sagrados del Profeta legislador es el Levítico, donde se establecen saludables principios para conservar la salud y precaverse de ciertos males. Empero, todos estos conocimientos acerca el estudio de la naturaleza, esparcidos sin orden ni concierto por el Oriente, vienen á concentrarse en la Grecia al través de dificultades y de luchas, en medio de la supersticion y el fanatismo, y sobre las tendencias dominadoras de determinadas sectas.

Melampo adquiere gran nombradía é inmortaliza su nombre; Chiron deja á la historia y á la crítica la misteriosa gruta de la Tesalia, donde la ciencia brota por do quiera, y su discípulo Esculapio alcanza los honores de la inmortalidad, levantándose por todas partes suntuosos templos, y sus secuaces son llamados hijos de Esculapio.

He aquí cómo el frondoso árbol de la ciencia, importado en su primer desarrollo del Oriente, viene á aclimatarse en el suelo siempre fecundo de la moderna Europa, y ufano extiende sus robustas ramas sobre el vasto horizonte que abraza la humanidad, para fundar la civilizacion pagana.

III.

La ciencia se halla ya constituida entre los griegos. Sus diversas razas vienen á condensarse en dos, la dórica y la jónica, que son tambien el origen de dos escuelas antagonistas. Los primeros cultivan con esmero la poesía lírica, donde el alma se eleva á las regiones empíreas, estudian las causas internas y fundan el método racional. Los segundos conocen ya el poema épico; la historia halla en él su basa y fundamento, y se consagran á la observacion de los hechos por medio de los fenómenos. Aquellos crean una aristocracia refinada, sublime é ideal, y estos fundan una democracia tangible, que tiene su punto de partida en el sentimiento íntimo de los sentidos, mirando á la moral como un ente accesorio.

La filosofía, pues, apenas salida de la cuna, se halla aprisionada del espíritu de discusion; funda sus creencias sobre dos sistemas opuestos que son el origen de dos escuelas contradictorias y antagonistas, pero que ambas pretenden descubrir la *verdad*, para mejorar la condicion del género humano.

Las doctrinas jónicas buscan en la física las leyes y principios para su desarrollo; estudian todos los fenómenos de la naturaleza por medio de las sensaciones, y solo á ellas rinden un culto respetuoso y material, que sus contrarios condenan como un error. En vano se afanan en demostrar el principio elemental del mundo, separándose de las cosmogonías y teogonías orientales, con quienes habian conservado tantos grados de afinidad. Sin embargo, constituidos en maestros de la humanidad, tienen tambien sus rivalidades, de donde resultan escisiones y defeciones que se ofrecen como otras tantas sectas, las cuales, partiendo de un mismo centro, *la naturaleza*, siguen en su camino diferente rumbo. La dinámica descubre una fuerza viva, que varia en cada una de sus propiedades, segun la nueva forma de su desarrollo. La mecánica no admite esta fuerza ni acepta los cambios de propiedades y forma, sino que todo quiere explicarlo por

medio de un movimiento que sobreviene á la materia dentro del órden natural, y cuya impulsión se halla fuera de ella. Las formas graves y emblemáticas del Oriente se ven reemplazadas por un movimiento intelectual, voluble si se quiere, pero fecundo en resultados prácticos, sacando el estudio del poder de los sacerdotes.

Tháles de Mileto se presenta como el primer dinámico, y no obstante, su discípulo Anaximandro ostenta la mecánica. Anaxímenes vuelve otra vez á entronizar la física dinámica, y sus discípulos Anaxágoras y Diógenes, el primero es mecánico y el segundo dinámico. La escuela jónica, buscando en la naturaleza un ser creador, destruía, quizá sin advertirlo, aquella multiplicidad de dioses admitidos por Homero; mas fundaba un materialismo grosero cuando aceptaba como principio fundamental, que *nada ha sido engendrado de la nada; lo que no existe no puede recibir la existencia por ninguna causa posible.*

No obstante, si la filosofía jónica creyó encontrar el origen del mundo en el agua y en el espíritu motor; si la reflexion y el estudio vinieron á reemplazar las opiniones sagradas y los dogmas, discutiendo las verdades dentro de la conciencia individual; si las sectas que de aquella escuela tomaron nacimiento proclamaron el fuego, el aire ó la lucha de los cuatro elementos, dando de este modo un carácter científico á sus creencias y á las vulgares opiniones de la multitud, no faltaron otros pensadores que, más escrupulosos ó más reflexivos, vieron desde luego el error, y elevándose á la region sublime de las ideas, quisieron establecer por dogma un principio de verdad superior á las sensaciones y á los fenómenos.

Casi al propio tiempo que la filosofía jónica se desarrollaba ufana, y llena de lisonjeras ilusiones se engolfaba en sus acaloradas controversias, se levantaba majestuosa otra escuela en las colonias griegas fundadas por los aqueos y los dóricos, la cual, siguiendo las teorías teológicas y metafísicas del Oriente, buscaba en el principio universal y en la deducción la base de sus creencias filosóficas. Los pitagóricos, auxiliados por las paternas legislaciones de Zeleucus y de Charondas, favorecidos por

los adelantos de la poesía y la elocuencia, impulsados por la escuela médica de Crotona, hallaron un campo ya cultivado con esmero para recoger con abundancia los ópimos frutos de sus estudios y meditaciones.

Pitágoras aparece sobre la arena filosófica como un poderoso atleta; funda en Crotona su escuela, y aspira á perfeccionar el sentimiento religioso, la moral y la política. Filósofo, legislador y profeta, pretende zanjar los cimientos de una nueva sociedad; considera á la naturaleza como el emblema de un ideal invisible que se revela al alma por medio de fenómenos tangibles bajo el dominio de los sentidos. La idea universal, la unidad absoluta, es para el nuevo filósofo el punto de partida de donde nacen la limitación de lo imperfecto, la dualidad y lo definido. La ciencia verdadera se halla en el Ser inmutable; el sentimiento es el origen de los deseos, y la inteligencia la emanación del alma inmortal, la cual sirve para regularizar los pensamientos y las acciones. Pitágoras se ofrece á la posteridad como el punto medio entre el Oriente y el Occidente, entre los misterios y los mitos de los sacerdotes y la oscuridad simbólica de la aristocracia de los dóricos.

Las dos esencias increadas y eternas, segun este filósofo, el espíritu y la materia, sirven para explicar todos los fenómenos de la sensibilidad, de la inteligencia y del sentimiento; y tomando por base la tradicion del género humano, principiando por Dios y caminando por las regiones etéreas del espíritu, los discípulos del célebre pensador llegan á verse arrastrados por la pendiente del panteísmo; así como los sectarios de Tháles, marchando de las partes al todo, y olvidando la intencion moral, se inclinaron, quizá sin saberlo, á un ateísmo aterrador.

Los pitagóricos, en medio de sus delirios, llegaron á divinizarlo todo; empero es innegable que si esta escuela no hubiese dado á la inteligencia un carácter numérico, y al número una existencia real y extrínseca, habria sido la primera, y su influencia sobre la humanidad hubiera alcanzado repetidas generaciones. Mas una persecucion política, dirigida é impulsada



por Chilon, dispersó á los pitagóricos y destruyó sus colegios: el mismo maestro cayó víctima del furor popular.

Si las luchas entabladas entre las escuelas jónica y dórica no fuesen bastantes para aprisionar los talentos mas fecundos de la Grecia, y sujetar sus controversias al límite de la razon, los pitagóricos vieron formarse en su propio seno otra escuela, que se distinguió con el nombre de eleática, de Elea, pequeña ciudad de Italia, la cual, mirando con desden la parte física, y presutando poca atencion á la metafísica, se consagró con todas sus fuerzas á la dialéctica, poniendo á su frente la experiencia y la razon. Sistema filosófico, en verdad, que se engendró en la porfiada lucha de aquellas dos primeras escuelas.

Es cierto que los eleáticos hallaron cultivado el campo de la filosofía, pero quisieron exponer á un nuevo exámen los principios fundamentales que los pitagóricos habian aceptado como verdades inconcusas. Jenófanes, su fundador, atacó de frente la mitología y el antropomorfismo, sentando como axioma, *que del no ser jamás se puede pasar al ser*, y probó la existencia divina por medio del principio de causalidad. Parménides elevó la razon á un alto grado, distinguiéndola del fenómeno; y Zenon, remontándose al límite de su idealismo, marchó hácia el escepticismo, dando mientras tanto grandes proporciones á la dialéctica.

Los eleáticos habian distinguido la idea de la cosa sensible, y negaron el realismo empírico; de ahí resultó otra nueva escuela que se distinguió con el nombre de atomista. Leucipo, Heráclito y Demócrito, son los principales sectarios del atomismo griego, que reemplaza la unidad infinita por la infinita pluralidad, dejando ya vislumbrar la aplicacion de la filosofía materialista á la moral.

Ideas tan opuestas y contradictorias introducen en la ciencia la duda, y la vacilacion se apodera de los ánimos. La intuicion busca por guia á la reflexion, y la lógica viene á servir de seguro apoyo á la inteligencia. De ahí tomó vuelo la escuela sofística, la cual, dirigida por Gorgias de Leontio y Protágoras, se desarrolló en medio de su elemento natural, elevando la sutileza y el discurso á un alto grado de perfeccion.

Ved ahí, Excmo. é Ilmo. Sr., cómo la lucha y la controversia se hallaba planteada bajo todas sus facas entre los filósofos griegos. Unos combatian las ideas, y otros las sensaciones; la admiracion, como dijo Aristóteles, engendra la filosofía; y mientras la supersticion acepta lo maravilloso, la ciencia destruye la supersticion. La razon se eleva hasta el principio de un Ser infinito y real, y la educacion intelectual introduce la civilizacion; la eternidad de los corpúsculos indivisibles se proclama como un axioma, y los sofistas y los retóricos entran en el palenque científico, y aumentan el número de los contendientes.

Las ciencias, amparadas por los filósofos naturalistas, siguieron el impulso de las evoluciones filosóficas, y se separaron de la engañosa tradicion y del grosero empirismo; la experiencia y la observacion reemplazan á la ciega credulidad; el monopolio de algunas familias que la supersticion habia elevado al rango de los héroes y semidioses llegaba á su ocaso; la influencia de los sacerdotes estaba desprestigiada, y los hijos de Esculapio con sus ceremonias ridículas y sus oráculos misteriosos, habian engañado al pueblo como embaucadores y charlatanes. Las escuelas de Crotona y Cnido vinieron á refundirse en la de Cos, donde se concentró el saber de los asclepiades.

Las doctrinas de Tháles y Pitágoras servian de fundamento á los nuevos iniciados, y los discípulos de estos dos grandes filósofos cultivaban tambien la medicina, dando los primeros pasos hácia la ciencia universal; así es que mientras reflexionaban acerca la física y la psicología, se ocupaban de las matemáticas, de la higiene, de la terapéutica y de la fisiología, para fundar la medicina dogmática. Disueltos los pitagóricos, y esparcidos por Italia y Grecia, se establecieron los periodeutes, y al propio tiempo Eródico daba nueva vida á la medicina gimnástica, que yacia sepultada en el olvido.

La filosofía griega habia extendido sus medios para investigar y buscar la verdad, pero descendia de su elevada mision. Queriendo estudiar á la naturaleza, se habia hecho impía y atea; remontándose á la sublimidad de la razon, llegó á ser panteista; buscando la armonía entre lo sensible y lo suprasensible, en-

gendró la duda y el escepticismo, hasta tal punto, que se olvidó de la gravedad del estudio y de la dignidad de la ciencia. Semejante desenfreno tenia ofuscada la reflexion, y hacia vacilar la marcha de todos los conocimientos humanos. En tan grave conflicto aparecen dos nuevos atletas que oponen un dique poderoso al desbordamiento de la razon y á los extravíos de la inteligencia, á fin de dirigir la verdad, la moral y la religion por una senda sólida y duradera.

IV.

Los atenienses y los lacedemonios han llegado á constituir dos estados poderosos, despues de mil sangrientas batallas. Solon y Licurgo han dado aquellas constituciones que cimentaron la autonomia de estos dos pueblos. La ambicion de los espartanos da origen á la guerra con la Mesenia, y Atenas se coloca al frente de la independendencia griega, para contrarestar la invasion de los persas. Maraton inmortalizó el nombre de Milciades, y Salamina y Platéa los de Temístocles, Aristides y Pausanias. Los grandes ejércitos de Darío y Jerges, fueron destruidos por un puñado de valientes que defendian á la madre patria.

Mas Esparta y Atenas se presentan como dos rivales poderosos. Ésta, dominada por la demagogia, que estaba dirigida y sujeta á Pericles, ejerció un despotismo irritante, y obligó á agrupar las demás ciudades para entablar una lucha fratricida de veinte años, que la historia conoce con el nombre de guerra del Peloponeso.

La filosofía, en medio de estos trastornos políticos, se habia establecido esplendorosa entre los atenienses, quienes habian impulsado la poesia dramática. La ciencia adquirió un vuelo increíble fundando la prosa ática, á cuya perfeccion contribuyeron de consuno los historiadores, los filósofos y los oradores. Su preponderancia llegó á tal extremo en la Grecia civilizada, que todos aspiraban á escribir en prosa ática.

Las escuelas filosóficas, en sus encontradas disputas, habian degenerado de su humanitario objeto, y de la razonada discusion descendieron al sofisma. Era, pues, indispensable enaltecer la ciencia, dirigiéndola á un fin mas sublime, y haciendo que la moral y la virtud se presentasen como fundamento de todos los conocimientos. Sócrates acomete con entusiasmo tan noble empresa, colocándose al frente de la reaccion. Sus doctrinas han sido calificadas de altamente morales, salvando del naufragio las ideas del bien y del mal, y en su dialéctica elevada y sublime busca unir la actividad moral con la ciencia por medio de la razon divina. Y como el sentimiento íntimo no estaba sujeto á principios ciertos, ni el libre albedrío obligaba á la razon ni á la conciencia moral, de ahí resultó que sus discípulos, al penetrar en el estudio de los grandes problemas de la humanidad, siguieron caminos tan opuestos como encontrados.

La lucha y la controversia vuelven otra vez con mas empuje que antes; y mientras Jenofonte y Simon penetran en el fondo de los estudios morales, Antístenes, llevando la virtud á la exageracion y la abstinencia al ridículo, funda la escuela cínica, donde los alumnos adquieren celebridad por sus torpes liviandades. Aristipo entroniza los cirenáicos, los cuales, despues de buscar la suprema felicidad en la satisfaccion y el placer, concluyen con un egoismo sin limites, concediendo que lo bueno está en la muerte. Esta confusion de ideas opuestas y contradictorias engendran un torpe escepticismo, y Pirron, sosteniendo que la filosofía tiene por base la virtud, deduce que la ciencia es inútil y falaz. Megara, Elide y Eretria tuvieron tambien sus escuelas, á cuyo frente se hallaban Euclides, Fedon y Menedemo, discípulos de Sócrates.

En tanto que el genio griego se engolfaba en encontradas hipótesis y sutiles teorías, haciendo fluctuar la ciencia entre el piélago de la duda, Hipócrates, dotado de un espíritu observador y reflexivo, supo reunir en un cuerpo de doctrina todas las opiniones médicas que dominaban en su tiempo. El arte de curar y la ciencia médica eran en verdad dos cosas distintas; el primero, bajo el dominio de la ignorancia, era el charlatanis-

mo en práctica; la segunda estaba aprisionada por las sectas filosóficas, y vagaba por el campo de las ideas y de la observación. Hipócrates, agrupando los principios, dictando reglas y deduciendo consecuencias, fundó las ciencias médicas, separándolas en sus aplicaciones de la tutela con que habían vivido, si bien conservaron una alianza y confraternidad que se perpetuó durante muchos siglos.

No eran ya los sábios que en sus meditaciones sobre el espíritu y la materia pretendían conocer el cuerpo enfermo; no eran aquellos filósofos que unían la meditación á las instituciones públicas y políticas, ni mucho menos los sacerdotes que combinaban sus falsas revelaciones con los mitos y las ceremonias; era sí un grupo de sábios dirigidos por Hipócrates, que, teniendo á su frente los adelantos de las escuelas filosóficas reinantes, se ocupaban en conocer la naturaleza, estudiar las leyes que presiden á la vida, indagar la influencia de la moral y de la inteligencia sobre la humanidad, para conocer y curar al hombre enfermo. Hipócrates se nos presenta al través de los siglos rodeado de una aureola inmortal, como el fundador de la Medicina.

La filosofía, bajo la escuela de Sócrates, había tomado una dirección exclusiva, y parecía que aspiraba á plantear un sistema general y grandioso. Platon, su discípulo predilecto, dotado de imaginación fecunda, de corazón recto y sólido juicio, eleva la ciencia filosófica á todo su apogeo, y trata de amalgamar los dos sistemas fundamentales uniendo la filosofía racional de los jónicos con la tradicional de la escuela itálica. Después de profundas meditaciones distingue las facultades de saber, sentir y querer, introduciendo en la ciencia la división de lógica, metafísica y moral; busca el bien supremo é inefable en parecerse á Dios, principio increado, justicia superior y eterna. Su sistema, compuesto de cuanto bello, sublime y moral se halla en todas las sectas que le han precedido, ofrece, no obstante, cierta originalidad para constituir una nueva escuela, que se llamó de los académicos, porque los discípulos se reunían con frecuencia en los jardines de Academo.

Empero mientras Platon en su dialéctica abrazaba la idea y la ciencia, y consideraba á la física como el punto de transición de nuestro ser al Ser verdadero, y á la moral como un medio de que se vale Dios para que la virtud triunfe del vicio, Aristóteles, su discípulo y antagonista, paseando por el Liceo, fundaba la escuela de los peripatéticos, que se separaba de la filosofía de la academia seguida por Speusippe y Jenócrates, discípulos del divino maestro.

Aristóteles quiere reducir la dialéctica á sus justos límites; da á la experiencia y á la observación una importancia suprema; y sentando como principio fundamental que todo cambio supone una materia y una forma, dice que la ciencia de la naturaleza es la ciencia general, y que todas las ideas vienen de los sentidos. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.* He aquí cómo el fundador de la escuela peripatética desplega radiante el estandarte de los sensualistas, inaugurando un sistema cuyos fundamentos sirvieron de móvil dos mil años después para realizar una revolución científico social.

Aristóteles, marcando un límite á la elocuencia y á la poesía, dió formas al raciocinio, y por estos medios quiso buscar lo finito, adoptando el sistema de la argumentación. Su espíritu, organizador por excelencia, dió á las concepciones del naturalista la evidencia de la demostración. Es innegable que el filósofo de Estagira recomienda la *duda filosófica* como un camino expedito para alcanzar la verdad; pero este principio, tan preconizado y ensalzado por algunos escritores modernos, se ve proclamado en la metafísica de Aristóteles, quien está bien lejos de aceptar la duda como el grado más sublime de la ciencia; lo que constituyó el primer dogma de la secta pirrónica ó zetética de aquellos tiempos, y el punto de partida de los extravíos de Volney en el pasado siglo.

Maestro de Alejandro el Grande, tuvo inmensos recursos para el estudio, y pudo acumular una colección numerosa de objetos naturales. Escribió sobre todo cuanto se puede saber, y el nombre de Aristóteles ha llegado hasta nosotros respetado por la injuria de los tiempos, siendo por repetidos siglos el faro de la hu-

manidad, y pasando sobre colosales imperios que la historia apenas se atreve á mencionar.

Las doctrinas de Platon y Aristóteles están bien lejos de elevar la moral al bien absoluto. Solo buscan la perfectibilidad humana, y confunden la ciencia con la virtud, haciendo que la ética sea parte integrante de la política. Creencias, en verdad, tan erróneas, conducen á que el hombre sea perverso, y acepte como principio la esclavitud, el infanticidio y la tiranía. Hacen que la humanidad pierda su dignidad, que su especie única y exclusiva tenga un mismo origen, que seamos hermanos é hijos queridos de Dios.

Semejantes delirios, sostenidos con entusiasmo por obstinados partidarios, producen nuevas sectas, basadas en el instinto del placer combinado con la ley del deber. Epicuro, Zenon de Chipre y Carneades, haciendo alarde de pertenecer á la escuela socrática, se abandonan á los placeres, buscan la virtud en la austeridad, ó solo se ocupan del bien individual.

En los trabajos y grandes concepciones de las escuelas griegas se nota desde luego el instinto por lo bello y por lo grande. Sus autores tuvieron genio y aplicacion, pero siguieron un falso camino; razonaron sobre sistemas, muchas veces imaginarios, partiendo de vanas hipótesis, á las cuales amoldaban á fuerza de sutileza é ingenio los fenómenos naturales bien observados. Sus doctrinas vinieron á condensarse casi bajo las mismas bases que les sirvieron en su origen de cimiento y matriz, cuyos representantes en último término fueron Platon y Aristóteles, los cuales con sus preclaros talentos las supieron elevar á un alto grado de esplendor. Doctrinas contradictorias en su esencia, antagonistas por sus principios, rivales por sus consecuencias, opuestas por sus miras y aspiraciones, pero que han tenido y tienen á la humanidad confusa y agitada, sin que la una merezca la preferencia sobre su rival. Doctrinas que dividen también á los filósofos modernos en los dos bandos llamados *espiritualistas* y *sensualistas*, quienes disputan en encarnizada lucha sobre el palenque de la razon y del criterio los trofeos del combate, es decir, la gloria de haber descubierto *la verdad*, an-

cora para todos de consuelo y salvacion. En estas opuestas escuelas militan Descartes, Leibnitz, Pascal, Kant, Balmes, como acérrimos defensores de la intuicion mental; y Bacon, Locke, Condillac, Horbach, Newton, Galileo, Linneo, Cuvier.... como apóstoles y sostenedores del sistema experimental.

V.

«La historia de la ciencia, ha dicho un pensador contemporáneo, es un poema sublime y sin fin, cuyo fondo es la humanidad apreciada por la naturaleza.»

Con efecto, Excmo. é Ilmo. Sr., la historia de los humanos conocimientos nos ofrece una série no interrumpida de oscilaciones y controversias, que solo se pueden apreciar por medio de la naturaleza. Sus leyes son inmutables; la humanidad se propaga por una generacion continúa; la naturaleza contempla cómo aparecen y desaparecen estas generaciones, y el tiempo viene á medir sus fuerzas respectivas.

La ciencia entre los griegos habia alcanzado todo su desarrollo, se hallaba en su mayor apogeo, y siguiendo estas leyes naturales, debia experimentar una nueva evolucion para perder su brillo deslumbrador.

Las guerras sagradas de los fóceos y de los lócrios ganadas por Filipo habian abierto ancho campo á su hijo Alejandro, á pesar de la ambicion de Atalo su pariente. El jóven príncipe, despues de ostentar su genio guerrero, se hace nombrar en Corinto generalísimo de las tropas griegas contra los persas. Por este medio, lejos de ejercer una dominacion directa, las hace partícipes de su gloria. Los ejércitos de Darío y de Poro fueron destruidos. La espada del conquistador habia cortado el nudo gordiano. El Asia menor, el Egipto y la India se someten al imperio de la fuerza para atestiguar las grandes conquistas que han asombrado á la posteridad.

Roma aparece á las orillas del Tíber y recibe el bautizo de sangre. Al héroe sustituye el legislador, y muerto Rómulo, ocu-

pa el trono Numa Pompilio. Sus primeros reyes políticos, guerreros ó tiranos sucumben con los Tarquinos, y se establece la república. Los cónsules son nombrados por el pueblo de entre la clase patricia, que á su vez extiende la esclavitud, y de ahí se entroniza la dictadura. Los plebiscitos y la ley agraria demuestran la resistencia de los plebeyos á la aristocracia, hasta la formacion del ansiado código de los diez patricios. Las continuadas turbulencias daban al pueblo nuevos elementos de vida y estabilidad, se aceptan los censores, y alguno piensa plantear la monarquía. El patriciado pierde terreno, el sacerdocio deja de ser un privilegio de los nobles, y la plebe opta ya á la Pretura.

Roma, pues, se habia engrandecido con sus conquistas. Soberbia cual no otro pueblo, habia concentrado todo su anhelo á plantear una buena legislacion; y olvidando el movimiento intelectual de la Grecia, solo se entregaba al impulso de sus instintos de guerrero y conquistador. La filosofía, la poesía, la historia, las letras en general, las artes liberales, y cuanto constituye la civilizacion de un pueblo, apenas fueron vislumbrados, durante la edad heroica de la engreida Roma.

Fecunda en virtudes cívicas, habia sido espectadora de grandes crímenes, encubiertos bajo el velo sagrado del patriotismo. Bruto presencia la muerte de sus hijos; Lucrecia se quita la vida por delitos de otro; Scévola se mutila cortándose la mano que le ha faltado en un homicidio; horrendos suplicios se cometen en holocausto de la patria, y Cincinato deshonor sus venerables canas con un asesinato legal.

En la Grecia los gobiernos aristocráticos degeneraban en oligarquías, y las conquistas del Gran Capitan fueron patrimonio de sus generales, consolidándose en el poder por la fuerza de las armas. Sin embargo, Eumenas y Tholomeo Lago, gobernadores de Pérgamo y Egipto, se consagraron al estudio y fundaron las célebres bibliotecas que fueron sacrificadas á la ambicion de Julio César, á la barbaridad de Caracalla y al fanatismo del califa Omar. Pero estos tesoros inapreciables de la sabiduría sirvieron de fundamento al instituto Alejandrino.

El pueblo rey ha pasado de vasallo á ciudadano; las leyes se modifican y mejoran; la civilizacion comienza á hacer prosélitos, y el entendimiento y la razon se elevan á una gran altura. Las conquistas rompen la valla que separa las castas, y la espada aproxima y confunde á los pueblos. Roma despierta, en fin, de su prolongado letargo, y se entrega presurosa en brazos de la ciencia. Los Escipiones dispensan á manos llenas su proteccion, para que la cultura se difunda por todas las clases; la lengua latina, mirada hasta entonces con desden, comienza á ser el idioma patrio, y Ciceron, con sus torrentes de sublime elocuencia, nos enseña la pureza del estilo, la nobleza de las imágenes y la profundidad de la reflexion. Antonio y Craso dan al discurso gracia y agudeza; hasta la mímica se utiliza para conmover al oyente, y Hortensio sujeta todas estas concepciones del genio á reglas y principios.

La filosofía pitagórica habia hecho sus secuaces, los cuales, uniendo la ciencia con la galanura del lenguaje y la severidad de la jurisprudencia, adquirieron cierto sello de originalidad. Todas las escuelas griegas llegaron á tener en Roma sus representantes; todas ostentaban su erudicion, y revivian aquellas sectas que yacian sepultadas en el olvido, para condensarse en los epicúreos, los estóicos, los peripatéticos y los nuevos académicos.

Roma habia alcanzado su deseado apogeo. Sus conquistas tienen subyugado el mundo conocido, y sus huestes victoriosas se extienden por Europa, Asia y África. La unidad de la fuerza domina el universo. Las ciencias y las artes, la elocuencia, la literatura, la historia y la geografía, la poesía y la sátira, obtienen ya un notable desarrollo, y forman una civilizacion especial, que no sin razon se ha llamado civilizacion romana.

La Grecia, abrumada por el azote de intestinas guerras, sucumbe al poder de formidables legiones; los reinos fundados sobre el imperio de Alejandro caen heridos de muerte por la obstinacion belicosa de Roma; una guerra engendra á otra, y el amor al poder y á las riquezas despiertan en el corazon del romano vencedor la sed insaciable de la conquista. Mario, Sila,

Catilina, Pompeyo, César, Antonio y Lépido, son vencedores ó vencidos entre las sangrientas luchas civiles que sirven de cimiento al imperio.

Mas Octavio se levanta majestuoso sobre todos sus rivales, y más astuto ó más afortunado, zanja los cimientos del trono de los Césares bajo el nombre de Augusto. Las leyes son respetadas por todos hasta la supersticion, y las formas jurídicas oscurecen las demasías de los poderosos y las criminales usurpaciones de los tiranos. El imperio de Augusto alcanza notables mejoras y materiales beneficios, y la administracion de sus vastos estados llega á plantearse sobre nuevas bases, gracias á los desvelos de Mecenas y Agripa, cuyos nombres han pasado á la posteridad con respetuosa veneracion.

Roma cuenta con formidables legiones que constituyen ejércitos poderosos; tiene espléndidos palacios, gigantescos circos, templos suntuosos, artes florecientes, refinada industria, anchos y dilatados caminos, sorprendentes acueductos, y cuanto puede desear una civilizacion vigorosa y material. Augusto cierra el templo de Jano, y en sus delirios proclama á su siglo el siglo de oro.

VI.

¡La humanidad! palabra mágica no conocida de los filósofos y legisladores antiguos; palabra de esperanza y de fe, de amor y de ternura, de paz y concordia, que reúne las ramas de la gran familia esparcida por la haz de la tierra; palabra sacrosanta proclamada por la vez primera por el Hijo de Dios, y simbolizada en la Cristiandad.

Las glorias de David y Salomon vuelven otra vez triunfantes; las setenta y dos semanas de Daniel están cumplidas, y la plenitud de los tiempos, anunciada por los profetas de Israel, ha llegado á su venturoso término.

Bajo el reinado de Augusto, y á los 752 años de la fundacion

de Roma, y 58 de la era llamada Española, nació, en un olvidado rincón de la Judea, el Salvador del mundo anunciado de los profetas. Este acontecimiento, el más importante y trascendental que han presenciado los siglos, pasaba desapercibido; empero vino á regenerar á la humanidad, y á colocarla en el verdadero camino de una civilizacion nueva y de una libertad imperecedera...

Cristo predica una religion sublime; practica una moral pura y edificante, y proclama que todos son hijos de su Padre. Con la unidad de Dios, establece la unidad de la familia humana. La doctrina de Jesús es sencilla, pero elevada y santa, y está al alcance de todos. *Dios es uno; todos los hombres son iguales; amaos, pues, los unos á los otros como os ama vuestro Padre celestial, que estará con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*

La unidad del gobierno visible de la Iglesia, que aproxima á la humanidad al reino de Dios, y establece sobre la tierra la unidad de creencias y de afectos, está marcada por la voluntad del mismo Dios Hijo, cuando señala al hombre que despues de su muerte ha de ejercer un poder santo sobre las conciencias. Sobre ellas tiene la gracia, la persuacion, la infalibilidad prometida por Jesucristo, que sostiene la fe de Pedro.

Tiberio sucede á Augusto, y su tiranía y perversidad enaltecen á Octavio. A los 49 años de su reinado, y 785 de la fundacion de Roma, tuvo lugar el gran misterio de la muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo. De aquel madero sacrosanto, emblema triunfante de la cristiandad, partieron los doce discipulos, que cual profundos legisladores, se esparcen por la tierra para predicar una religion de paz y mansedumbre.

Las catacumbas de Roma oyen la sublime é inspirada doctrina del Crucificado, que muy pronto se propaga por todas partes con ardoroso entusiasmo y santo fervor. El Olimpo, con sus dioses de piedra y de metal, se ha estremecido ante el poder de aquel Niño desnudo arrullado en Betlhen por el cántico de

los ángeles. Es que el mundo se rejuvenece, y una nueva civilización viene á derribar el desmoronado edificio del grosero paganismo.

Roma, embriagada por los placeres y la molicie, ha perdido sus instintos guerreros. Los ciudadanos se han convertido en sibaritas, y las damas en impuras meretrices. La religion pagana lucha con su agonía y su desesperacion; sus templos amenazan ruina, los altares se derrumban, dispérsanse los pontífices, y el politeísmo, que confundió la piedad con el sentimiento nacional, cae en desprecio y pronto terminará su existencia.

La púrpura de los Césares ha perdido su brillo deslumbrador, y solo sirve para cubrir horrendos crímenes y atroces asesinatos. Calígula, ávido de sangre, sobrepuja con sus crueldades á Tiberio, y Cláudio es el juguete de los poderosos; su imbecilidad le conduce á la tiranía. Los sangrientos horrores de Nerón, la avaricia de Galba, los suplicios de Othon, la gula y el desenfreno de Vitelio, los peculatos y los asesinatos de Domiciano, los tormentos inventados por Caracalla, las monstruosidades de Heliogábalo, la feroz tiranía de Maximino, y tantos otros como mancharon aquella púrpura antes tan temida como respetada, hicieron que el imperio romano se ahogara en el embrutecimiento de la orgía y de la crápula. De nada sirvieron las virtudes de Vespasiano y de Trajano, ni las morigeradas costumbres de Antonio y Marco Aurelio. La hora fatal habia sonado para la soberbia Roma, y atónita, cae exánime entre el hierro y la matanza de los pueblos que para huir de su cruel tiranía se habian concentrado al límite de Europa.

Tribus salvajes ocultas en los helados desiertos del Norte se precipitan cual impetuoso torrente sobre el Mediodía. Los francos, los sajones, los lombardos, los alemanes, los godos, los vándalos, los hérulos y los hunos caen cual nube de fuego sobre Roma. Stilicon los derrota bajo los muros de Verona. Alarico retira su ejército á Grecia para invadir de nuevo la Italia, que segunda vez canta victoria por la pericia de su general... Mas el 24 de Agosto del año 410 de la era cristiana, y 1165 de la fundacion de Roma, entra el godo triunfante en la ciudad de los

Césares, y extraños pendones ondean en la cúpula del Capitolio. El imperio romano ha dejado de existir. Leves fulgores indicarán á las generaciones futuras su prolongada agonía, y sobre sus ruinas vendrá á edificarse la moderna civilización, bajo la enseña imperecedera de la Cruz.

El Cristianismo sufre en los primeros siglos terribles persecuciones. El Dios de Israel guía la flotante nave entre lagos de sangre, y la humanidad se regenera domellando las sectas filosóficas. Aquel sentimiento de admiracion y curiosidad entre los filósofos del Oriente cambia bien pronto en interés y desconfianza, y todos pretenden discutir los sagrados dogmas del Evangelio; empero en el Occidente se despiertan las pasiones políticas, consideran las nuevas doctrinas como contrarias al género humano, y las califican de innovadoras y revolucionarias. El paganismo romano, hijo tal vez del helenismo, busca su apoyo en antiguas tradiciones, y los filósofos con sus sutilezas, y la aristocracia con sus privilegios aspiran á sostener aun la religion pagana, no como creencia fundamental encarnada en la conciencia humana, sino como religion del estado. La falsa religion, pues, se halla herida de muerte; la moral y la virtud ya no existen; la sociedad está al borde de un precipicio. El cristianismo, hijo de Dios y emanado del cielo, viene á sellar con la sangre de innumerables mártires la verdad del elemento moral y civilizador, que en vano se quiso buscar entre tiranos embrutecidos, patricios sin dignidad, filósofos sin fe y plebeyos arrastrados en la abyeccion.

VII.

La enseña de la Cruz sirve ya de glorioso estandarte á los ejércitos; por todas partes se elevan oraciones al Padre y Creador omnipotente en nombre de Cristo crucificado; la cristianidad se extiende gloriosa por el Oriente y el Occidente, para inocular en la conciencia humana el sentimiento íntimo de la santa verdad. La fe, la esperanza y la caridad reemplazan á la duda,

á la opinion y al temor; la depravacion, el cinismo y el orgullo son sustituidos por la humildad, la resignacion y el amor reciproco; el misterio, la impostura y la corrupcion se hallan eclipsados por la doctrina, la predicacion y el culto, donde todos exploran y suplican con plegarias á la Providencia divina. El espíritu, la moral y la oracion se han unificado *en la unidad de la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios*; y las ciencias todas, despues de mil encontradas vicisitudes, vienen á condensarse en la escuela alejandrina bajo la direccion de filósofos cristianos.

El cristianismo comenzaba á ejercer de un modo visible su santa y elevada mision. Mejorando la parte moral, favorecia el estudio y alejaba de la civilizacion las falsas creencias que usufructuaban una parte del género humano. Sosteniendo la unidad de origen, demostraba la igualdad de las almas, su redencion y su fin. De este modo la religion de Cristo proclamaba el santo dogma de la igualdad politica y religiosa; conducia al hombre al estudio de los fenómenos naturales, é impulsaba los goces de la sociedad, santificando el trabajo y propagando la industria, las artes, la agricultura y el comercio.

Y si el poder guerrero se habia aniquilado entre los romanos, la jurisprudencia, punto de partida de todos sus estudios y meditaciones, acababa de adquirir un nuevo impulso con los trabajos de Justiniano. Las ciencias, sacudiendo la tutela opresora que las tenia aprisionadas, pudieron ejercer una saludable influencia en el porvenir venturoso de la humanidad. Séneca, en sus *Cuestiones naturales*, nos habla de física; Plinio presenta una brillante enciclopedia de *Historia natural*; Estrabon, Solino, Pomponio y Tholomeo describen el mundo conocido y la bóveda celeste; hay matemáticos como Frontino é Isidoro; agricultores como Varron y Columela, y arquitectos representados por Vitrubio.

La medicina, que habia sido menospreciada de los romanos, adquiere una provechosa importancia, y llega á formar una escuela especial con sus principios y sus axiomas, que bien pronto se vió bajo el poder del espíritu de partido. Á los remedios

preconizados por Mussa, se ensalza el empirismo de Serapion, el cual es eclipsado por Erasistrato, que funda la anatomía humana, y despues por Asclepiades de Prusa, que entroniza la física mecánica. Los dogmáticos y los metodistas hacen sus prosélitos, y adquieren cada uno en su círculo gran fama; sus doctrinas se ven apoyadas por Temison de Laodicea, Tesalo y Sorano; la discusion vuelve á renovarse con ardoroso entusiasmo, y de sus forzadas interpretaciones nacen las escuelas episintética, ecléctica y neumática.

Parecia, en verdad, que la escuela griega, representada por el sábio de Cos, yacia completamente olvidada, y que aquellos concienzudos estudios y filosóficas observaciones, que sirvieron de sólido fundamento á la medicina, estaban de todo punto ignorados. Y cuando el calor de la discusion y la embriaguez de la lucha ahogaba el genio entre el torbellino de la discusion, Celso, en el último tercio de su vida, se consagra á la medicina, como parte integrante de la filosofía, hace revivir la escuela griega, recopila sus libros mas importantes, y llega á adquirir los honrosos títulos de *Hipócrates de los latinos* y *Ciceron de los médicos*. Areteo eclipsa á Arquígenes con sus exactas observaciones y luminosos escritos; la cirugía ofrece algunos progresos debidos á los trabajos de Antilo, y Casio Jatrofista inicia muchos problemas en los que la física está encarnada con la medicina, que han llegado hasta nuestros dias, sirviendo de fundamento á mas de un mal llamado descubrimiento. Galeno se hace el eco de la antigüedad; Hipócrates aparece de nuevo en el mundo médico rodeado de resplandeciente aureola, y con su fácil erudicion destruye el dogmatismo, para entronizar el eclecticismo alejandrino. Filósofo sensualista, sigue en su marcha el camino trazado por Aristóteles, si bien descuida el método, punto de partida de su maestro, impulsa á la anatomía y la establece sobre sólidos cimientos, y presenta reglas y teorías acerca las partes mas principales de la medicina, que han servido de faro á la humanidad durante doce siglos no interrumpidos.

¿Y cuáles no fueron los sacrificios que arrostraron los filóso-

fos cristianos, para que imperara la escuela alejandrina? ¿Qué inauditas persecuciones, qué luchas y calumnias, qué crueldades y suplicios no sufrieron los propagadores de la fe en sus primeras predicaciones? Mas el sol de la verdad brilla ya sobre el horizonte humano; la palabra, antes dirigida á la multitud, penetra en las escuelas, y se ve sostenida por relevantes disertaciones y concluyentes argumentos; la controversia y la discusión aparecen con todas sus fuerzas, y en el palenque luchan poderosos atletas. Los gnósticos, mezclando las doctrinas antiguas del Oriente, forman una fusión de sistemas, en los que el panteísmo ó el dualismo hacen vacilar á la moral. El maniqueísmo, la cábala y el judaísmo tuvieron también sus prosélitos; el extravío llega á su término, el delirio entorpece el buen sentido hasta verse aprisionado por el éxtasis y la teurgia, que á su vez engendran un panteísmo funesto y aterrador.

La escuela alejandrina quiso conciliar las diferentes sectas griegas y orientales para constituir un cuerpo de doctrina, poniendo en armonía la religión con la ciencia: pensamiento sublime rodeado de escollos y malezas, que puede muy bien conducirnos á fatales extravíos, aun cuando respete en sus especulaciones á la teología literal y á la teodicea. Los filósofos de esta escuela se dividieron en dos agrupaciones; unos quisieron reunir los elementos de verdad esparcidos en los distintos sistemas que les habían precedido para unificar el pensamiento filosófico, y de ahí el llamarlos *eclécticos*: otros, por el contrario, tomando á Platon por guía, no desdeñando del todo á Aristóteles, y aceptando del cristianismo algunos de sus dogmas, llegaron hasta el extravío, y pretendieron fundar una vasta metafísica, distinguiéndose con el nombre de neoplatónicos.

Empero la augusta voz del cristianismo se levanta potente contra los nuevos filósofos, y aceptando de frente el combate, demuestra que ninguna escuela filosófica puede compararse con la sublimidad del Evangelio. Ni las apostasias de Ammonio Saca, ni los sueños visionarios de Plotino, ni el misticismo de Porfidio y Jamblico, ni las extravagancias de Proclo, pudieron amortiguar aquel fervoroso y santo entusiasmo, sostenido por

los Padres de la Iglesia durante tantos siglos de prueba y persecución.

Vanas habían sido las tentativas que los neoplatónicos hicieron para identificar la nueva filosofía con la teología pagana; inútiles los esfuerzos de los eclécticos para absorber la religión del Crucificado en sus especulaciones filosóficas; los santos Padres principiaron practicando la virtud, exponiendo los dogmas de la fe, los preceptos de la moral, los ritos del culto, fundando escuelas, y dando á conocer por medio de catecismos la pureza de la doctrina que defendían, poniendo de acuerdo las leyes de la inteligencia con las de la voluntad.

Es innegable que las doctrinas de los santos Padres fueron eclécticas; pero su eclecticismo no buscaba armonizar las teorías de opuestas escuelas, sino que las subordinaba á otra más superior y elevada, cual es la de la fe. Por esto los doctores de la Iglesia, aceptando en general los principios filosóficos más puros y elevados de las escuelas que les habían precedido, quisieron sujetarlos al cristianismo para que sirviesen de triunfo á la religión, reconciliando la ciencia con el deber, la caridad con la libertad, el derecho con el progreso.

La filosofía cristiana, opuesta al egoísmo, buscando su mayor gloria en amar á Dios, y sometida á la autoridad de la Iglesia, confiesa que la doctrina que profesa no es suya, y que emana de una voluntad más sublime, según Aquel que dijo: *Si practicais mi palabra conoceréis la verdad*.

Empero las cuestiones filosóficas adquirían un carácter más elevado y formal, y amenazaban turbar la paz que bajo el cetro de Constantino disfrutaba la Iglesia. Al cisma de Ceciliano, que dió origen á los circonciliarios, siguieron las herejías de Arrio y sus discípulos, lo cual provocó el célebre concilio de Nicea. Era preciso que la sublimidad de Orígenes, que al crear la exegética bíblica fundaba la filosofía teológica, se opusiese á las objeciones de Celso, rebatiendo sus fundamentos con hechos indubitables, con profecías y con los milagros de los Apóstoles: era necesario que Clemente de Alejandría se valiera de la fe para iniciar á los neófitos en la ciencia y en la verdad: era in-

dispensable, en fin, que Atanasio, los Gregorios, Crisóstomo, Basilio y Jerónimo, Lactancio, Ambrosio y Agustín, y otros santos varones, se opusiesen con sus inspirados talentos para sujetar y anonadar las controversias sostenidas por Metódio y sus secuaces, y las herejías de Arrio, Aecio, Eunómio y otros sofistas que pretendieron alterar la unidad de la Iglesia y el progreso de la cristiandad.

VIII.

La asamblea de Nicea habia unido con el sagrado lazo de la fe á pueblos que estaban separados por los usos, las leyes y las costumbres. La Iglesia se afirmaba más y más sobre el orden social como autoridad pública; aplicaba saludables remedios al cáncer devorador de la sociedad, y conservaba al propio tiempo el depósito de las letras y la tradicion de las artes. Las irrupciones germánicas, cansadas de sangre y de pillaje, fatigadas de sus devastadoras correrías, buscaban estabilidad para fundar nuevas monarquías. Las costumbres romanas, con sus franquicias y sus leyes, estaban aniquiladas; el espíritu nacional no existia, y los magnates y esclavos comenzaban á sustituirse por los ricos y los pobres. El movimiento filosófico parece que se interrumpe durante algunos siglos; pero viene á condensarse en los claustros, donde impera despóticamente la autoridad de Aristóteles, gracias á los trabajos de Boecio y Casiodoro, de Philipon y Juan Damasceno.

Ya por este tiempo, un hombre extraordinario salido de la Arabia, se anunciaba como rey, legislador y pontífice. Mahoma, con su audacia, supo formar de aquellas tribus aisladas un cuerpo político bajo un solo Dios y un solo jefe. Sus conquistas y las de aquellos que le suceden, se extienden por la India y la Tartaria, recorren el Egipto, pasan á la Mauritania, hasta penetrar á la península española. Un siglo apenas ha trascurrido, cuando el negro estandarte de los abassidas se levanta triunfante en el Oriente para derribar la bandera blanca de los ommyadas.

Arun-al-Raschid y su hijo protegen con mano dadivosa las ciencias y las letras; se funda la academia de Bagdad, y la filosofía halla entre el árabe indómito una favorable acogida. Un nieto del desventurado Hixem, en medio de penalidades y atroces persecuciones, penetra en España, y viene á establecer el disputado imperio de Occidente. Abderrahman, último vástago de aquella poderosa y desgraciada familia, siguiendo el movimiento científico del Oriente, no se desdeña de tomar bajo su real amparo el progreso intelectual; y tanto el nuevo califa como sus sucesores emprenden con ferviente celo el estudio de los humanos conocimientos, fundando escuelas y bibliotecas, academias y museos en Córdoba, Toledo, Sevilla, Murcia y Granada.

La filosofía árabe bebe en la cuna las saludables aguas del cristianismo; pero las costumbres y las instituciones de este pueblo fanático, los arrastan por la pendiente del abismo, y les obligan á perder su independencia moral é intelectual. Aristóteles y Galeno imperan de un modo exclusivo; la predestinacion y el fatalismo, que sirven de norma á su fe y á sus creencias, los aleja de la sublimidad de Platon. Hay entre ellos sofistas como Alkendi; escépticos representados por Algazel; místicos dirigidos por Tofail; panteistas y ecléticos, entre los cuales sobresalen Averroés y Avicena. Los árabes, en sus conquistas intelectuales, nada inventan, pero saben elegir con especial cuidado los conocimientos de los pueblos que les han precedido.

Las ciencias de aplicacion venian desde remotos tiempos avanzando lentamente por el campo de la experiencia, sin que la luz filosófica sirviera de guía á sus difíciles conquistas. La química práctica ó el conocimiento empírico de varias preparaciones; el uso de ciertos productos á las necesidades de la vida; la confeccion de artefactos que servian de base á muchas artes ó industrias, se trasmitia por la tradicion oral desde la China, de la India y de la Fenicia, ó del Egipto, de la Grecia y de Roma; pero la ciencia no habia aun establecido sus reglas generales; los principios que sirven de fundamento se ignoraban, y las leyes que rigen al mundo de las reacciones moleculares, no fueron siquiera vislumbradas de la antigüedad.

En vano pretenderíamos buscar entre las escuelas filosóficas que acabamos de recorrer, ni mucho menos entre los estudios que se refieren á las ciencias físicas, propiamente dichas, una explicacion satisfactoria, una teoría científica que sirva de fundamento para dar á conocer las reacciones y fenómenos de la química. En buen hora que entre los egipcios se conocieran ciertas artes basadas en la experiencia, y que aplicasen con criterio el de interrogar á la naturaleza por medio de pruebas y ensayos; pero es lo cierto, que la ciencia no existia, que los principios generales eran desconocidos, y la antorcha de la teoría no iluminaba á la razon para buscar las causas primeras de los fenómenos químicos.

Hácia el siglo VIII, Gheber es el primero que se ofrece al mundo científico como el fundador de la escuela árabe; su libro de *Summa perfectionis* es, segun los eruditos, el libro mas antiguo de química que se conoce, en el cual, la ciencia de las reacciones se ofrece emancipada de la medicina. En él se hallan indicados los dos grandes principios de la *alquimia*, la transmutacion de la materia y la prolongacion de la vida hasta lo infinito, sin tocar á la triste ancianidad. ¡Torpe delirio de la razon humana, que pretende trastornar el orden establecido por el Autor de la naturaleza!

Se admiten algunos principios simples, como el mercurio, el azufre y el arsénico; se aceptan ciertos agentes que sirven de base á la teoría, como las sales, los vitriolos, los alumbres, el vinagre y el fuego; se indican medios para ayudar el arte, como la calcinacion, la solucion, la destilacion; se perfecciona el alambique, se descubre el ácido nítrico, se ofrece el sublimado corrosivo, se habla del agua régia y del elixir rojo, y el arte de la farmacia y la terapéutica encuentran nuevos agentes que aumentan el catálogo de los medicamentos conocidos.

Durante seis siglos no interrumpidos, los sectarios del islamismo fueron dueños absolutos del tesoro inapreciable de las ciencias; ellos se vanagloriaban con el nombre de maestros de la humanidad, y aspiraron á sujetarla al carro triunfante de sus destructoras conquistas.

La antorcha refulgente de la civilizacion europea, amortiguada por unos instantes, se agita de nuevo con sagrado entusiasmo y ardiente fervor por el brazo invencible de Carlo-Magno, que desechando el egoismo, protegiendo al sacerdocio y dando nuevas constituciones á sus vastas conquistas, se ofrece á la historia como el bienhechor de la humanidad y el protector de la moderna civilizacion. Alcuino es el preceptor de su siglo; Scoto Erigeno modifica los escritos de San Dionisio Areopagita y entroniza el panteismo; se fundan varias universidades en Nápoles, Francia, Inglaterra y España, donde la instruccion cunde por el pueblo, y la civilizacion cristiana se eleva á una gran altura. Los nombres de Gerberto, Constantino el Monje y Hernico, han llegado hasta nosotros con respetuosa veneracion.

Desde el siglo XI, el escolasticismo y la dialéctica, sirviendo de norma á la teología racional, aspiraron á dominar las ciencias en sus diversas evoluciones, y el arte de discutir fué para los padres del peripato un manantial fecundo é inagotable, donde la lucha dió gran celebridad á sus principales sostenedores. Berenger y San Anselmo, Juan Roselino, Guillermo de Champeau, Abelardo y Pedro Lombardo, Salisbury, Amaury y Alberto el Grande, Arnaldo de Villanueva, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, Dun Scoto, Raimundo Lulio, Basilio Valentin, Rogelio Bacon, y tantos otros genios sobresalientes como nos ofrece la historia, demuestran, en verdad, el movimiento intelectual, durante este largo período llamado *edad media*.

La filosofía escolástica, falta en sí de originalidad, habia, no obstante, subyugado el espíritu científico del siglo XIII, y los racionios de los peripatéticos pudieron dominar el orbe intelectual. Las sostenidas contiendas entre los nominalistas y los realistas absorbían á los talentos mas fecundos, y llegaron á demostrar el vacío de la escolástica, á pesar de su refinada dialéctica, cuando con sus sutilezas pretendia dirigir la ciencia por el camino exclusivo de la abstraccion, y desdeñaba todo cuanto provenia de los estudios experimentales.

Aquellos que en sus especulaciones se dejaban guiar por el único sendero de la observación y la experiencia, engreídos con el retumbante dictado de *alquimistas*, como representantes de la ciencia grande por excelencia, y dominados por una secta filosófica, se afanaban en buscar la *piedra filosofal*, sirviendo de pávulo á la escuela panteísta, que proclamaba la identidad de sustancia y el carácter pasivo de la materia.

De poco sirvieron la constancia de Rogerio Bacon, los adelantos de Ripsey, ni los escritos de Hermesius. La química satisfacía á las exigencias mas apremiantes; todos se entregaban con ahinco á la trasformación del oro, y la *panacea* universal halagaba las risueñas esperanzas de los ricos y magnates.

Empero la lucha entre el poder de la Iglesia, ya consolidado, con el grande imperio, llegaba á todo su apogeo, y del combate salieron ambas quebrantadas; de ahí provino la independencia siempre creciente de los *señores*, y el feudalismo debilitó la autoridad real. Á las imperiosas exigencias de la aristocracia se opuso el *Comun* de la clase media, que se ofrecía como una nueva fuerza capaz de contrarrestar la ambición y el desenfreno de los poderosos.

La edad media daba al mundo un espectáculo grandioso con aquellas cruzadas, donde la cristiandad, levantándose como un solo hombre á la mágica voz de un ermitaño, santificada por el concilio de Clermont, reunía á pueblos diferentes, en los cuales la Iglesia puso en sus manos el estandarte de la fe. El Occidente despierta de su letargo para precipitarse sobre el Asia. El sentimiento piadoso, guiado y sostenido por la oración, impulsa á las masas, y todos, sin distinción de clases ni jerarquías, corren á la conquista de aquellas tierras sagradas, para liberar el Santo Sepulcro del poder de los musulmanes. La bandera de la Cruz ondea en las cúpulas de Jerusalem, y el cetro que empuñara Godofredo de Bullon se debilita entre sus sucesores: es que el lujo oriental ha enervado el valor de los conquistadores, y la fe sucumbe á las riquezas de la Grecia y al brillo de Constantinopla... En medio de aquellas guerras santas, donde el valor, la resignación y el heroísmo extendieron el imperio de la

religion verdadera, las artes, las ciencias y hasta la sociedad adquirieron nuevos y positivos adelantos. El feudalismo comenzó á desquiciarse; la agricultura conoció nuevos productos; la geografía nuevos países; la navegación mejoras positivas; la pintura en cristal y el mosaico se importaron á Europa, y hasta la arquitectura, olvidando las formas graves de Grecia y Roma, aceptó el gusto oriental bajo el nombre de arquitectura gótica.

Se califica generalmente la edad media con epítetos poco favorables, llegando á llamarla bárbara é ignorante. Los que tal piensan olvidan sin duda los nombres de los grandes hombres que brillaron en este largo período. Las artes y la industria, las ciencias físicas y morales, todos los ramos de la ciencia universal seguían su desarrollo progresivo en medio de las discusiones escolásticas. Los árabes hacían florecer todas las concepciones del humano saber, y la literatura nacional se gloria de haber contado entre otros al Pacense, Sebastian, Vigila, Sampiro, el Obispo de Tuy, Rodrigo Jimenez, Arzobispo de Toledo, Antonio de Lebrija, Luis Vives y el nunca bastante elogiado Alfonso el Sábio. Entre aquellas acaloradas disputas, Anselmo determina los límites de la filosofía y la teología; Roselino define con claridad los nominalistas y los realistas; Abelardo se adhiere con entusiasmo á los primeros é introduce en la teodicea un optimismo funesto, que por fortuna es combatido con gloria por el inspirado talento de San Bernardo, el cual dice que viene á derribar el dragon despues de haber vencido al leon. Alberto el Grande suscita infinitas cuestiones sobre una sola lección del Evangelio, y la sagrada Biblia se ve lastimosamente interpretada de diversos modos. En verdad, el panteísmo se había introducido en aquellas dos escuelas antagonistas, llegando hasta el extremo que David de Dinant sostuviese el panteísmo materialista.

La Iglesia veía con espanto, y se condolía cual madre cariñosa, de los errores que nacían de las doctrinas aristotélicas mal interpretadas; y algunos, como Alejandro de Hales, pensaron amalgamar la filosofía con la teología. En medio de esta

acalorada lucha aparece Santo Tomás de Aquino, que con sagaz ingenio, exacto criterio é inspirado talento, supo crear la psicología, la ontología, la moral y la política con arreglo á la fe. De entendimiento claro, privilegiada inteligencia, vasta erudición é incansable en el estudio, forma una enciclopedia demostrativa, refundiendo los conocimientos de los cristianos y de los árabes. Duns pretende ser el antagonista del angélico doctor, y secundado por Guillermo Duran se entroniza entre aquellos filósofos un misticismo simbólico, que patrocina Hugo el belga y Ricardo el escocés.

He aquí, Sres. Excmos., un bosquejo siquiera indicado del movimiento filosófico durante la edad media. Mas la medicina, bajo el patronato de los árabes ó encerrada en los monasterios benedictinos, viene á cimentar la célebre escuela de Salerno dirigida por Constantino el Africano, siendo en verdad la primera que estableció el orden académico. Los judíos alcanzaron gran fama como médicos y cirujanos; ellos confundieron el arte de curar con el de preparar los medicamentos; y no olvidando el tema favorito de encontrar la suspirada panacea, resucitaron las ciencias ocultas de la antigüedad, y la astrología, la cábala, la magia y el luminismo encadenaron otra vez á los talentos mas audaces.

Sin embargo, algunos guiados por la luz de la razon y del buen criterio seguian los estudios experimentales por opuesto camino, y dieron á conocer muchos descubrimientos importantes, cuya celebridad ha alcanzado hasta nosotros. Así es, que á las extravagancias de Cornelio Agripa, á la superstición de Cardan, á los ensueños de Hamel y á las excentricidades de Paracelso, se hallan los útiles trabajos de Cassius y Libavius, los adelantos de Globo y Agrícola, y los inventos de Palissy, Lefebre y de La-Mort.

Al terminar el siglo XV se cerraban las puertas de la poco meditada y quizá mal comprendida edad media. Durante este largo período que abraza cerca de diez siglos, el imperio de Oriente se hizo trizas; se inventa la pólvora, se descubre la imprenta, se estudia y aplica la brújula á la navegacion, las cru-

zadas imprimen á las artes un nuevo sello, y ponen el estandarte de la fe cristiana en las cúpulas de Jerusalem. El feudalismo comienza á desquiciarse; se entroniza la clase media como poder político, y se instalan los municipios. El arte de la guerra sufre grandes modificaciones, y empiezan á plantearse los ejércitos permanentes. Las herejías de los albigenses y de los valdenses, la facción sostenida por los discípulos de Juan Wicleff, las imprudentes arengas de Jerónimo Savonarola ponen en gran conflicto la Iglesia de Occidente, y dan lugar á los concilios de Constanza, Basilea, Florencia y Ferrara. Un estado bárbaro se engrandece y constituye una nueva monarquía, al paso que la magnánima Isabel y el astuto Fernando destruyen y lanzan de la península las hordas sarracenas, que condensadas en el reino granadino constituian ya otro estado poderoso y floreciente. Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza; Cristóbal Colon pone á los piés del trono castellano un nuevo hemisferio, y Sebastian de Elcano y luego Drake, dan la vuelta al mundo. Ahí teneis, Excmo. é Ilmo. Sr., diseñado toscamente el cuadro de la edad media, que en la historia de la humanidad se llama edad de hierro, donde para alguno solo impera la ignorancia y la barbarie.

IX.

Llegamos á la importante época que la historia llama del *Renacimiento*: en ella el espíritu sacude el yugo de la autoridad, y se lanza con osadía al libre exámen. El descubrimiento de la imprenta multiplica y reproduce la palabra; la luz divina se difunde por la sociedad y llega á inspirar el genio anonadado en el lóbrego fondo de la cabaña. Es que la razon humana, semejante al fuego sagrado á cuyo alrededor jamás hacen falta las vestales, tiende siempre al progreso; y si palidece durante un instante pasajero, se aviva bien pronto con un resplandor mas trascendental y fecundo. La opinion filosófica ha llegado á fi-

jarse de un modo estable; vuelven á la discusion y al combate los escritos de las antiguas escuelas, y multitud de libros impresos se lanzan al mundo estudioso para arrebatár á los hombres pensadores. El triunfo de la inteligencia no es dudoso, y el imperio de la razon parece que fija su asiento sobre el porvenir de la humanidad. Guttemberg, Fusth y Schœffer son genios inspirados por el soplo santo de la divinidad.

La astronomía, hija querida de la física, se emancipa de la astrología, y Copérnico establece un nuevo sistema para explicar los movimientos de los cuerpos celestes, resistiendo los recios ataques de Tycho-Brake su contemporáneo y competidor. Grimaldi introduce en la física el sistema de las ondulaciones para explicar la propagacion del fluido luminoso; Van-Helmont modifica las doctrinas de Paracelso, y la teosofía y el quietismo hallan aun fanáticos sostenedores en Boehmo y Molinos.

Los estudios de la antigüedad habian hecho revivir los venturosos tiempos de Grecia y Roma, que enriquecidos con los descubrimientos de Galileo, Keplero y Torricelli, despertaron de nuevo la idea sublime de dar á los conocimientos humanos la unidad reclamada por la ciencia. Y á medida que la teología especulativa perdía terreno, la filosofía proclamaba su independencia, y extendía su influjo sobre la moral y la sociedad, fundándose la filosofía práctica ó experimental. Montaigne y Charron se presentan como escépticos; Campanela y Bruno vienen á cimentar el comunismo; y tanto la ciencia del derecho como la de la riqueza tienen sus comentadores y apóstoles en Alciato, Cuyacio, Budeo, Serra y Grocio.

La autoridad de la Iglesia católica se ve menoscabada por los reformistas, quienes auxiliados por una secta democrática capitaneada por Roetie de Sarlat, Hoftman y Lanquet, intentan desquiciar el orden social constituido. El puñal de Ravailac y de Poltrot, y los escritos de varios teólogos, demuestran hasta dónde alcanzaba la influencia febril debida á teorías y sistemas que enervan la razon y ofuscan el buen sentido.

Calmada por de pronto la efervescencia, ocupó á los hom-

bres pensadores la política, la estadística y el derecho internacional; y cuando el astuto Maquiavelo buscaba en su diabólica imaginacion razones para sostener los intereses particulares del Príncipe, Bodino protegia con fe y entusiasmo los derechos generales de la nacion, confundiendo muchas veces la política con el principio nacional, y buscando en lo pasado la filosofía del hombre. Tomás Moro, imbuido tal vez por la relacion de Hythlodeo, comienza á predicar las extravagancias que mas tarde sirvieron de fundamento á las acaloradas fantasías de Saint-Simon y Fourier.

Ya habeis comprendido, Sres. Excmos., que el campo de la discusion habia tomado un desarrollo fecundo en demasía; que el espíritu innovador se propagaba entre los contendientes, y que todos los ramos del saber humano se acrisolaban en el foco de la conciencia individual; que las doctrinas de Aristóteles estaban desacreditadas; que de todas partes brotaban nuevos gérmenes de vida intelectual, y que los ingenios se habian apoderado de la libertad y proclamaban los derechos de la razon. En este estado de agitacion y entusiasmo, de zozobra é incertidumbre, aparecen en la arena filosófica Bacon y Descartes, quienes trazan los caminos que en lo futuro seguirá la moderna civilizacion.

Francisco Bacon, célebre por sus trabajos tanto científicos como filosóficos, pero desgraciado en la veleidosa política, estableció su sistema, partiendo de las sensaciones y de los hechos particulares, para elevarse gradualmente al conocimiento de las proposiciones generales. Por este medio, el gran Canciller funda el método *racionalista por induccion*, que por de pronto pasa desapercibido, para ser proclamado despues el fundador de la filosofía experimental. Da á conocer el árbol genealógico de la ciencia, tomando por fundamento Dios, la naturaleza y el hombre; mira con desden las causas finales, y en esa mezcla de devocion é indiferentismo, merece mas tarde la censura de Hume y D'Alambert.

Gassendi, discípulo y admirador de Bacon, es uno de los filósofos que mas han influido en la marcha de la filosofía inducti-

va y de las ciencias positivas. Historiador y anticuario, biógrafo, físico y naturalista, astrónomo, geómetra y anatómico, he-lenista y dialéctico, fué escritor erudito y elegante. En sus escritos se nota cierta mezcla de fe y de libertad que viene á constituir una especie de escepticismo. Su amigo Hobbes, que siguió su mismo camino, vino á degenerar en un materialismo social, y hasta si se quiere al ateísmo.

Los racionalistas de la escuela inductiva, guiados por la experiencia y la observacion, daban á conocer la excelencia de su método, aun para aquellos que se consagran al estudio de las ciencias teológicas y morales. Los de la escuela deductiva ostentaban las galas de la fantasía, y reclamando las preeminencias del espíritu, aspiraban á subyugar las verdades del mundo externo. Los físicos, los químicos, los médicos y los naturalistas, por la índole especial de sus estudios, sostienen las ventajas de la *inducción*, al paso que los matemáticos, los metafísicos y los moralistas declaman á favor del sistema *deductivo*. La discusion y la controversia alcanzaba ya grandes proporciones; y cuanto la victoria se inclinaba de parte de los naturalistas, Descartes presenta un sistema completo, que fué la piedra angular que sostuvo el resentido edificio de la filosofía deductiva.

Profundo matemático, gran astrónomo, físico eminente, pensador meditabundo, fué el primero que aplicó el álgebra á la geometría, y dió á conocer, con el peso respetable de su autoridad, las dos verdades científicas mas importantes que jamás hayan podido ofrecerse á la humanidad; tales fueron el sistema de Copérnico, base del sistema del mundo, y la circulacion de la sangre, origen de todos los conocimientos fisiológicos. Descartes, no obstante, confunde el pensamiento con la idea, y quiere llegar á la ciencia por medio de la duda. La escuela cartesiana contó entre sus adeptos á Malebranche, Pascal, Geulix, Leibnitz y otros sábios de nota, que algunos como Wittich y Roel quisieron aplicarla á la teología racional.

El idealismo filosófico marcha ufano hácia su apogeo, no sin que en su ruta sea detenido, y tal vez anonadado por los portentosos descubrimientos de las ciencias inductivas. Huyghens,

Desaguliers, Newton, Locke y Condillac coadyuvan con sus estudios y descubrimientos á tan halagüeño triunfo. La discusion vuelve de nuevo á excitar los talentos privilegiados, y la lucha gira sobre Bacon y Descartes. Alguno, como Spinoza, toma un rumbo opuesto, y sus discípulos penetran á su modo en las cuestiones metafísicas y teológicas hasta llegar al panteísmo; pero sus escritos excitan un disgusto general, y son considerados como delirios de imaginaciones extraviadas ó enfermizas.

La química habia sacudido el yugo de las ciencias ocultas; la alquimia se consideraba como un sueño, y se miraban como quimeras los antagonismos, las simpatías y los arquetipos divinos. Una nueva era brillaba sobre el horizonte de la ciencia de las reacciones, y asiduos é importantes trabajos preparaban los gloriosos días de una provechosa regeneracion.

Casi al mismo tiempo se fundaban varias academias científicas que, colocadas frente del escolasticismo que aun dominaba en las universidades y comunidades religiosas, sirvieron de poderosa palanca á la nueva civilizacion. Separadas de todo patronato oficial, y fuera de la influencia administrativa, marchaban desembarazadas al frente de las ciencias experimentales, y fueron sus maestros y sostenedores. La nueva atlántica de Bacon, la academia de los lynceos del príncipe Cesi, la sociedad real de Lóndres, la academia del Cimento, la academia imperial de los curiosos de la naturaleza, la real academia de ciencias de Paris, y otras varias en Petersburgo, Bolonia y Stokolmo, reunieron en su seno los hombres mas eminentes de la época. Columna y Porta, Le-Febré y Lemery, Boyle y los hermanos Willis, Borelli y Reddi, Bausch y Fehr, Bourdelot, Duhamel y Glazer, Homberg, Becher y Stahl, y tantos otros no menos célebres profesores, que seria difuso enumerar, fueron los precursores de la gloriosa escuela de Lavoisier.

La filosofía de Aristóteles ha sucumbido ante la teoría de Stahl; el hipotético flogístico ha destruido los cuatro elementos; el escolasticismo ya no existe; la química aparece radiante ante el mundo fenomenal: ¿es que la lucha ha terminado?

La influencia de la química se hizo bien pronto sentir sobre

la fisiología y la anatomía; la medicina en general vino á subordinarse á la nueva ciencia, que con sus innumerables conquistas ganaba en extension y poder, á pesar del anatema que sobre ella lanzara la facultad de medicina de París. El descubrimiento de nuevos preparados, que ejercian una accion marcada sobre la economía viviente, y que se aplicaban con éxito en la clínica, que por la vez primera fundaba en la universidad de Leyden Francisco Leboe, llamado *Sylvius*, dió origen al sistema *chemiátrico* de este célebre autor. Sistema altamente materialista, que pretende explicar todos los fenómenos de la economía animal en el estado normal ó patológico, valiéndose de los principios de la química, como si tuviesen lugar en un laboratorio.

¿Ni cómo era posible que las cuestiones escolásticas pudiesen oscurecer los progresos de la química, que comenzaba á teorizar bajo la antorcha de la observacion y de la experiencia? Las funciones de los seres organizados se explican con sujecion á las leyes de los cuerpos brutos; el cálculo se aplica á la economía viviente, y las matemáticas y la física vienen á suministrar medios para penetrar en los misterios de la organizacion. Santorius es el primero que llama la atencion sobre la traspiracion insensible; y cuando Harvey ha demostrado la circulacion de la sangre, se entronizan otras dos sectas, la *iatro-matemática* y la *iatro-mecánica*, dirigida por el talento fecundo de Borelli.

Boërhaave acepta con entusiasmo las nuevas escuelas, aun cuando en sus escritos tiende á la *iatro-mecánica*; pero mas precavido que alguno de sus contemporáneos, se hace un verdadero eclético. Las doctrinas mecánico-químicas fueron bien pronto reemplazadas por el *animismo* de Stahl y el *vitalismo* de Hoffmann. Sectas, en verdad, que marchan por opuestas sendas, y dirigiéndose á un mismo punto, se separan más y más, sin que sus hipótesis puedan encontrar una solucion experimental que satisfaga las necesidades de la ciencia.

Este período de la historia de la humanidad lleva encarnado los sentimientos opuestos y contradictorios en todas las aspiraciones de los grandes hombres que en él han figurado. Hay una

mezcla tan heterogénea de acontecimientos y de sucesos, de virtudes y de vicios, de adelantos y de barbarie, que el espíritu del hombre pensador y reflexivo se detiene perplejo ante esa confusion informe de lo antiguo con lo moderno. Verdad que en ella descuellan varones eminentes, genios sublimes, talentos inspirados, que con sus luces y descubrimientos empujan el carro victorioso de la ciencia hácia su mejoramiento y perfeccion; empero se aplauden y se premian acciones infames y crímenes horrendos; la guerra y la desolacion enaltece á los principes y magnates; las creencias, la fe y la unidad católica se ponen á discusion para perturbar á las conciencias; se proclama por alguno el racionalismo, y de ahí nacen multitud de opiniones encontradas que trastornan el buen sentido, y hacen vacilar á los buenos cristianos. Mas en medio de tanto entusiasmo é ironía, entre el fanatismo y la verdadera creencia, al través del puñal y del veneno, brillan los descubrimientos de las ciencias positivas; el progreso de la humanidad cuenta ya con principios liberales encarnados en la religion y la filosofía; el brazo popular se ha robustecido como poder político, y todos los ramos de la civilizacion se han consolidado entre el fragor de las batallas y el estruendo de las contiendas políticas y religiosas que durante treinta años han agitado á la Europa.

X.

El árbol frondoso de la madre ciencia extiende sus robustas ramas sobre el hombre y la naturaleza, y cansados de tanta disputa y controversia, se aceptan ciertos principios generales que sirven de faro á la humanidad. Sus leyes fundamentales giran sobre la memoria, la razon y la imaginacion, haciendo derivar de todos ellos los estudios hasta entonces conocidos. Bacon es proclamado regenerador.

La ciencia de Dios, del hombre y de la naturaleza, basada en la razon pura, de donde emanan los conocimientos teológicos y

morales; las matemáticas, llamadas puras y mixtas, la medicina, la historia natural y la química con sus aplicaciones á las artes mecánicas y manufactureras; el conocimiento de la historia, tanto sagrada como profana, con todas sus divisiones hijas de la memoria; y la poesía, las artes liberales y la música, que dependen de la imaginación, todos tenían sus genuinos representantes al comenzar el siglo décimooctavo, siguiendo la escuela del gran Canciller.

Al principiar este siglo, el espíritu filosófico suspende por un momento su marcha invasora; parece que medita y reflexiona; que compara los sistemas que se hallan á su exámen y libre albedrío, para emprender de nuevo su misión reformadora. El entusiasmo exagerado y perjudicial; los razonamientos sutiles y ampulosos seguidos por algunos se relegan al olvido; las metáforas ridículas y el estilo altisonante de Velladier, Besse y Bosquier son eclipsados por la sencillez de la forma, la pureza en la idea y la elegancia de la dición debidos á Flechier, Bossuet y Fenelon.

Las contiendas escolásticas se vieron sustituidas por otros estudios más sólidos y concienzudos. Los viajes se multiplicaron, y el conocimiento de la antigüedad adquirió un gran desarrollo. La arqueología y la numismática se hicieron intérpretes de las religiones, de la política y de la civilización de pasados tiempos; y de ahí la protección que recibieron los estudios orientales. La filosofía se elevó á la mayor altura, y se creó la lingüística como ciencia auxiliadora de la historia; Passeri y Winckelmann, Visconti y Duret, Nieburh, Pallas y Hervás fueron, entre otros, los que más sobresalieron en esta clase de estudios.

Los trastornos políticos y religiosos, y las guerras de siglos anteriores, dictadas casi siempre por la rivalidad personal de monarcas poderosos, habían engendrado la política moderna, basada en el equilibrio de la fuerza y del poder, que á la par servía de garantía á los estados subalternos; y acudiendo á la costumbre que llegó á considerarse como ley real, se dió forma tangible al derecho público y de gentes. La ciencia, no obstante, vino á poner de manifiesto la ineficacia de tan decantado

equilibrio, y la experiencia probó bien pronto que todo podía fracasar ante el genio y temeridad de un Carlos XII, de un Federico II ó de un Napoleon I.

La sociedad, cansada de tantas revueltas, se hallaba anonadada; el movimiento intelectual, al parecer fatigado de la lucha, en suspenso; las clases productoras, abrumadas y oprimidas por el fisco, miraban impasivas los males generales; el lujo, la ostentación, el fausto y el desenfreno de los nobles habían empobrecido el país; no se pensaba, en verdad, exigir al contribuyente una cuota proporcionada á su fortuna para el sosten del Estado, sino que la ciencia rentística aguzaba su ingenio para ver cómo sacar al productor y propietario la mayor cantidad posible, sin que se le redujera á la miseria. Y si á todos estos males que tenían en continuo desasosiego á los hombres de gobierno, añadimos la amortización eclesiástica y el predominio de los militares, ¿qué extraño será ver á los filósofos, á los economistas, y á todos los hombres consagrados al estudio declamar contra los abusos que habían envilecido y trastornado la marcha de la sociedad?

En vano se quiso proteger y fomentar todos los ramos de la riqueza pública, poner freno á los despilfarros y á los desórdenes, naciendo la ciencia económica y emprendiendo mejoras positivas bajo la dirección de Sully y de Colbert, de Riperdá, Aranda y Floridablanca, de Chatam y Pitt, y otros célebres hacendistas; pero todas las reformas imaginadas no pudieron evitar que la civilización marchase desbocada por la pendiente del positivismo. Al papel moneda, creado ya en circunstancias apuradas, siguieron la de los bancos de emisión y descuento, cuya primera instalación se debió á Law.

El filosofismo se había apoderado del hombre y de la sociedad; el análisis aprisionó á las inteligencias; se proclamó la duda como principio de verdad, y un materialismo grosero parecía dominar el orden intelectual y moral. La incredulidad, el sarcasmo, la malicia, y hasta si se quiere la poca decencia de algunos escritores, llamaron bien pronto la atención de la generalidad, y consiguieron hacer prosélitos: Voltaire, Reinal,

Bailly, Volney, Dupuy, Holbach... lanzaron sus horrendas blasfemias en nombre de la filosofía y de la civilización.

Entonces se concibió la audaz idea de concentrar todas las fuerzas para principiar la nueva campaña; de suerte, que si al comenzar el siglo los ánimos se habían aquietado, fué tan solo en la apariencia; era el descanso del caminante después de una larga jornada para seguir luego con mayor afán y perseverancia. Diderot y D'Alembert se pusieron al frente de la regeneración social que pretendieron representar los enciclopedistas, los cuales, de consuno, subordinaban sus trabajos á la filosofía materialista. Conjunto heterogéneo que entraña principios disolventes encubiertos con el velo de la ciencia y sujetos al alfabeto; pero falto de unidad, y que pudo, si se quiere, satisfacer las necesidades y la curiosidad del momento, marchando desenfrenado sobre utopías impuestas por la moda.

Ya Montesquieu, apoyándose en la historia, había hablado de la filosofía de las leyes; Condillac de la de las ideas, y Buffon de la de la naturaleza. Rousseau supo rechazar el grosero sensualismo, y procurando introducir un racionalismo natural amalgamado con la religión, defendía los derechos del pueblo y exaltaba el sentimiento íntimo de la virtud sembrando la semilla de la revolución. Saint-Pierre sigue la atrevida reforma filosófica; anda errante buscando su soñada realidad, y se hastía hasta de sí mismo. Entusiasta admirador de la naturaleza, canta sus sublimes bellezas, ama á la humanidad y llega hasta el optimismo.

Tal era el frenesí de aquellos filósofos reformadores, que alguno, como Condorcet, proclamaba la igualdad de las naciones, y todos de consuno coadyuvaban á porfía á la dominación del materialismo.

El derecho internacional vino á formar parte de la filosofía en la escuela de Puffendorf; Burlamaqui pretende que el origen de las leyes y de las obligaciones esté en la felicidad del hombre, llegando Waltel á poner en duda los derechos históricos sancionados por el tiempo. Binkershok estudia el derecho marítimo; Moser el derecho público, y Benthan y Kant llegan al

punto de idear una paz general para todos los pueblos europeos.

Mientras el filosofismo avanzaba imponente proclamando con banderas desplegadas los derechos de la razón, la ciencia de la riqueza adquirió gran preponderancia, elevándose en pocos años de la infancia en que había permanecido. Child, Locke y Stewart discurren acerca de la *cosa* como principio de riqueza; Quesnay dirige sus investigaciones á la distribución de esta riqueza, y la agricultura merece la preferencia, y Smith analiza el trabajo, dando á la ciencia económica una gran importancia. Se mezcla la economía con la política, y de ahí nacen los fisiócratas, que unos como Turgot explican la teoría de la moneda; otros como Morellet atacan el monopolio, y los hay como Chastellux, que enaltecen el trabajo. De este modo, las cuestiones de interés público entraban también bajo el dominio de la ciencia; y véase, aunque de paso, cómo unos conocimientos que apenas han salido de la cuna, se hallan ya en marcada disidencia, y sus principios entran en el terreno de una discusión apasionada.

Aquí teneis, Excmo. é Ilmo. Sr., las consecuencias de aquellas disputas escolásticas sobre la esencia de la materia y del espíritu, y en las que se confundía la filosofía con la teología, la razón con la fe, la verdad con la hipocresía y la religión verdadera con el misticismo. El sistema de Bacon impulsó á las ciencias físicas, pero sembró el germen del sensualismo; Descartes, en medio de sus extravíos, marcó el camino de las ciencias intelectuales; Malebranche llegó al idealismo; Spinoza se vió arrastrado al panteísmo; Locke y Condillac desconocieron la existencia de las ideas absolutas, y Leibnitz distinguió la percepción de la sensación. El siglo XVIII suspende por de pronto su carrera; mas extasiado ante los portentosos descubrimientos de las ciencias naturales, se lanza frenético en brazos de la experiencia, proclamando el triunfo de la razón y desdeñando á la sensatez y al buen sentido, se hace materialista, racionalista ó panteísta.

Vanos fueron los esfuerzos que hicieran dos nuevas escuelas

representadas por Kant y De-Maistre para desviar el empuje que habian tomado las creencias tanto científicas como religiosas. Ni la crítica de la razon pura del primero, que algunos piensan fuese inspirada por Hume, ni la justificación temporal de la Providencia, donde el segundo sustituye la fe á la filosofía, fueron bastantes para sujetar el torrente reformador que tenia aprisionados á los hombres mas distinguidos de su tiempo. La escuela escocesa, á cuyo frente podemos colocar á Reid, quiso reunir la observacion exterior y los hechos internos para buscar una conciliacion benéfica á la ciencia y á la sociedad.

Los filósofos del siglo pasado tendieron á alterar la organizacion social; y en verdad que las conquistas de las ciencias naturales, junto con los desmanes de la época, les suministraban datos suficientes para conseguir tan suspirada evolucion. Las matemáticas, que siempre se habian mirado con preferencia por todas las escuelas filosóficas, hicieron señalados progresos y marcados adelantos con los estudios de Fagnani, el padre Guido Grande, Vega, Prony, Laplace, Monje y Lagrange. La física, que desde remotos tiempos habia merecido singular proteccion, marchaba ufana á la par que las otras ciencias; sus tratados diferentes se enriquecian todos los dias; se inventaron nuevas máquinas y aparatos que contribuyeron á aumentar el número de sus leyes y principios ciertos. La mecánica, las acciones moleculares, los flúidos imponderados, la meteorología y hasta la cosmografía hicieron notables progresos en manos de Euler, Belidor, La Hire, Coulomb, Grey, Dufay, Franklin, Bernoulli, Richman, Kuight, Gregory, Drebbel, Reaumur, Lalande, Æpinus, Volta, Herschel, y tantos otros sábios cuyos nombres recuerdan la historia con respetuosa veneracion. La historia natural seguia tambien la marcha progresiva de la evolucion científica, y los viajes aumentaban el número de datos, enriquecian de un modo pasmoso la geografia, que permitieron construir mapas y cartas geográficas sobre observaciones ciertas, suministrando elementos para conocer y estudiar la historia del globo en que vivimos y los seres orgánicos que le pueblan. Byron, Vyllis y Bougainville, Cook, Damberger, Patterson y Pallas, los

padres misioneros de la compañía de Jesús, Linneo, Tournefort, Buffon y Dauberton, Jussieu, Bonnet, Hoffman, Cabanilles y Muller, Vallisnieri, Verner y Kirwan, Dolomieu y Hamilton, y otros naturalistas que consagraron su vida al estudio de la naturaleza, hicieron que tan importantes conocimientos se difundiesen por la generalidad y formasen parte indispensable de la educacion de los pueblos.

La química, esa ciencia que en el dia pasa indistintamente del gabinete del sábio al taller del artesano, y que se ocupa de la accion íntima y reciproca de las moléculas de los cuerpos, no habia aun adquirido una forma científica al comenzar el pasado siglo. Stal, fundándose en una distincion abstracta acerca del fuego libre y combinado, estableció la teoria del *logístico*, y desde entonces la química fué considerada como una ciencia real y positiva.

Schéele, en el silencio de su medianía, luchando con la maledicencia y la ingratitud, emprende trabajos penosos y difíciles acerca del estudio de muchos cuerpos; descubre el ácido del crémor tártaro, el ácido fluo-silíceo, y da á conocer la composicion del salitre, que le proporciona contraer amistad con el célebre Bergman. Sus escritos son la admiracion del mundo inteligente; falto de aparatos é instrumentos, su genio, siempre fecundo, suple con ventaja á todas las exigencias, y arranca á la avara naturaleza muchos de sus impenetrables secretos, aislando multitud de ácidos orgánicos, descubriendo el cloro, el manganeso, la barita, varios compuestos etéreos y otros importantes productos que constituyen un largo catálogo. Schéele debe considerarse como uno de los fundadores de la química moderna; su nombre bulle en la mente de todos los químicos; su memoria es imperecedera, y la posteridad le ha tejido una corona de siemprevivas.

Otro hombre atrevido, de carácter extraordinario y sostenido, teólogo, político y eclesiástico, de instruccion vasta, de erudicion poco comun, contribuyó con sus raros descubrimientos al desarrollo de la química moderna. Priestley ofrece una serie de trabajos sobre el ácido carbónico y el aire inflamable, que le

conducen al conocimiento del óxido nítrico y del nitrógeno. El ácido clorhídrico y el amoniaco gaseosos, el óxido nitroso, el ácido sulfuroso, el oxígeno, el ácido sulfhídrico, el hidrógeno fosforado y el gas oleificante, son otros tantos productos que entrega á las ciencias como un rico é inestimable presente. La vida de Priestley es una continuada alternativa de placeres y sinsabores, de tranquilidad y de lucha, hasta que anciano, sucumbe lejos de su patria á las consecuencias de un envenenamiento frustrado.

Scheele y Priestley habian abierto los cimientos al nuevo edificio que debia levantar el inmortal Lavoisier. Ruelle, Cavendish, Black, Rey, Bayen, Boyle, Cadet y otros sábios de nota arribaban abundantes materiales á tan noble como grandioso objeto.

Lavoisier coordina tantos descubrimientos bajo un punto de vista filosófico, y los sujeta á la precision de la balanza; sus asiduos y constantes trabajos le inducen á decir que los fenómenos de la química son debidos á la union ó separacion de los cuerpos. Los experimentos de Bayle y Juan Rey se repiten con toda escrupulosidad; se conoce el oxígeno, la hipótesis del flogístico cede el campo á la teoría fundada en la experiencia; el agente acidificador está fuera de toda objecion, y el análisis y la síntesis del aire le llaman á examinar la respiracion de los animales y la combustion de los cuerpos crasos; se saben los elementos del agua, la accion de los ácidos sobre los metales, y otros varios fenómenos que confirman sus miras especulativas. Jamás se han acumulado mayor número de descubrimientos ni se han obtenido consecuencias mas trascendentales para el progreso de la humanidad, que durante este periodo de vértigo científico.

Guyton de Morveau, correspondiendo á las indicaciones de Bergman, presenta una nomenclatura sistemática, que es la expresion de toda una teoría; y ayudado de Berthollet, Fourcroy y Lavoisier destierran de la química los últimos recuerdos del enfadoso escolasticismo. La nueva nomenclatura, síntesis de todos aquellos trabajos, enseña que si la teoría ha dado un nombre, este nombre es la expresion filosófica de la teoría.

La nueva teoría *pneumato-química* queda por fin establecida; el cálculo confirma la experiencia; nada se pierde, nada se crea en las reacciones moleculares; la materia siempre es la misma. La química entra en el dominio de la moda, y todos, sin distincion de sexos ni fortunas, se entregan presurosos al estudio de las acciones moleculares...

¡Lavoisier! ¡víctima inocente sacrificada á la saña revolucionaria! tu nombre no es de la Francia, es un nombre glorioso que pertenece á la humanidad.

He aquí un bosquejo general de la evolucion científica en el siglo XVIII. La medicina habia tambien seguido el impulso de este movimiento, y la escuela vitalista de Montpellier adquiria por de pronto nuevos prosélitos. Hoffmann entroniza la teoría *mecánico-dinámica*, hija de la filosofía de Leibnitz, que eleva las fuerzas de la materia hasta equipararlas con las intelectuales. Bagliri presenta á la ciencia el *solidismo*, hasta que Haller concluyó con el mecanismo de Boheraave, aceptando la *irritabilidad* de la fibra que obra con absoluta independencia de los espíritus vitales. Cullen combina la irritabilidad con la dinámia; Bichat sienta las bases de la doctrina fisiológica; Bordeu añade nuevos materiales á esta escuela, y acepta que los fundamentos de la vitalidad están en el organismo; y Barthez, en fin, entroniza de nuevo el principio vital. En medio de estos sistemas y teorías, Mesmer proclama el magnetismo animal y recibe los aplausos de la multitud, y Gall funda la escuela frenológica, considerando al cerebro como un conjunto de órganos. El mesmerismo y la craneoscopia han dejado de pertenecer al charlatanismo para penetrar bajo la concienzuda observacion científica.

En la aplicacion de los remedios dominaba la polifarmacia y los especificos, y los gobiernos adquirian casi siempre los secretos de determinadas preparaciones, sacrificando sumas respetables. La farmacia, en verdad, ni antes ni ahora ha podido existir como ciencia real y efectiva. Despojadla de los conocimientos que le prestan la historia natural y la química, quitadle las nociones de matemáticas y física experimental con que

se ve ataviada, y sin esfuerzo alguno la vereis reducida á un arte mecánico.

El siglo XVIII debió ser materialista por necesidad; en él solo se hablaba de derechos, así como en el anterior hicieron mucho ruido los deberes. Las creencias religiosas estaban amortiguadas y se carecía de fe; la metafísica, calcada sobre hipótesis, arrastraba el pensamiento á la duda, y las ciencias naturales, cimentadas en la realidad subjetiva, halagaban los sentidos y conducían á la certeza.

La escuela filosófica habia abierto el debate, y la sociedad confundió todos los intereses en medio de una lucha sangrienta. Del seno de aquella horrenda revolucion salió el afortunado dictador que, colocado frente á frente de la antigua Europa, supo encadenar el pueblo dictando leyes al carro triunfante de sus victoriosas huestes. Entonces se presentó el sangriento contraste de un rey por derecho divino que sube al cadalso, al paso que es condenado al ostracismo uno de los soberanos por derecho popular á los pocos dias de su brillante apoteosis.

XI.

Hemos recorrido, Sres. Excmos., la historia de la evolucion científico-filosófica desde su cuna hasta terminar el siglo XVIII. Hemos procurado fijar sus principales dogmas evitando los escollos y malezas que ofrece tan delicado exámen. Hemos llamado mas de una vez la atencion de nuestros jóvenes alumnos acerca los esfuerzos que de todos los tiempos ha hecho el hombre para descubrir la *verdad*: síntesis infinita que todo lo absorbe y reasume; faro que conduce la inteligencia al deseado puerto de salvacion.

En este somero análisis se habrá sin duda observado que en las diferentes cuestiones que han agitado las escuelas militantes de todos los tiempos, las ciencias naturales se han calificado con sobrada ligereza de *empíricas* y *sensualistas*, rebajándolas de

su influencia directa en el porvenir de la humanidad. Las conquistas que los estudios experimentales han hecho durante nuestro siglo, han probado de un modo incontestable que en la historia de la *Ciencia* se descubre una escuela filosófica espiritualista de la naturaleza, que se eleva sobre todas las demás, y que, á no dudarlo, dará á conocer de una manera digna y concluyente todos los fenómenos que se realizan así en el mundo físico como en el psicológico y moral.

La filosofía idealista, pretendiendo avasallar á las ciencias experimentales, ha imaginado teorías ilusorias y fantásticas, valiéndose del método de construcción *à priori* indicado por Schelling y seguido por Baader y Oker; esto ha sido recordar, una vez más los sistemas de Parménides, Pitágoras y Plotino.

La escuela de Kant, aceptando como verdad inconcusa que todo lo que se halla fuera de nosotros no tiene mas que un valor relativo respecto de nosotros mismos y de las leyes de nuestra inteligencia, se precipita por la pendiente del escepticismo; pero Fichte corre á salvarla del naufragio por medio de la ciencia del *yo* y de sus actos, á la cual proclama ciencia absoluta y universal.

Este panteísmo subjetivo; esta apoteosis del *yo* único y solitario, es bien pronto velado por la filosofía de la naturaleza de Schelling. Su discípulo Hegel pretende dar al sistema de la identidad un rigor lógico, á pesar de hallarse en abierta contradicción con la conciencia del género humano. Baader, Oken y Goethe siguen confiados por el mismo camino, y las ciencias experimentales se ven envueltas entre las sutilezas y quizá las extravagancias de aquellos que en nuestros dias se llaman eminentes pensadores.

La *verdad*, han dicho todas las escuelas, no es más que una; todos los conocimientos humanos se encadenan y enlazan mutuamente para descubrirla y conocerla; todas nuestras investigaciones, así en el orden físico como en el mundo intelectual, vienen por caminos diferentes á un mismo centro: al conocimiento de los medios para conseguir el bienestar de la humanidad.

Las leyes del mundo físico han sido creadas por la *presciencia* divina. Dios, autor y conservador de la existencia de estas leyes que rigen al universo todo, es la causa primera de las causas segundas: es la Providencia activa que abraza y condensa el todo lo mismo que los detalles: Providencia paternal y bienhechora, siempre justa, siempre presente y cuidadosa, hácia la cual se eleva la oración en virtud de un instinto común á todos los pueblos, esencial á la naturaleza humana, y que en las grandes emociones del alma se manifiesta con entusiasmo, aun en aquellos que por un momento pudieron separarse de la fe y del instinto.

Los fenómenos de la vida, y los que pertenecen á la física y á la química, no son otra cosa que movimientos en el espacio y el tiempo; cambios que se verifican sobre cantidades de extensión real ó aparente. Todo fenómeno reconoce la presencia de una causa, y toda causa entraña la existencia de una ó muchas sustancias en acción. Toda sustancia es simple ó extensa; pero en cualquiera de estos casos es activa: la actividad pertenece así á los cuerpos como á las almas.

Cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se consideren las leyes físicas, ya como emanadas de la voluntad de Dios, ya como producto de su propia esencia, siempre podremos descubrirlas *à priori*, valiéndonos del raciocinio deductivo. Las causas finales generales en nada comprometen ni desprestigian la estabilidad de las leyes físicas. La *teología inmanente* de los partidarios de la identidad absoluta, que aleja de sí á las causas finales y las mira con cierto desden, está también en oposición con la naturaleza, que siempre pasa de lo conocido á lo desconocido, siguiendo las leyes invariables y el orden primitivo que el Creador estableció en el mundo físico. Cuanto más estudiemos las leyes contingentes é invariables que rigen á este mundo, ya tomadas sobre los cuerpos que giran en el espacio inconmensurable, ya en los diminutos átomos de la materia ponderable, siempre descubrimos el sello sagrado de una Sabiduría eterna, suprema, inmanente, principio y fin de todo lo existente.

Los fenómenos que se explican siguiendo el orden de estas leyes, tienen su aplicación en las sustancias activas; pero estas sustancias, su orden primitivo, las leyes de su actividad y los efectos á que dan lugar, no representan en sí ninguna condición de ser. Es preciso, es indispensable que estas mismas sustancias, las leyes á que están sujetas, el orden primitivo de los átomos y la sucesión de los fenómenos, es decir, el Universo todo, tenga por *causa primera* la Sustancia simple en su esencia, donde los principios necesarios existen eternamente á título de pensamientos; la Sustancia única, que es necesaria y eterna; el Ser exclusivo, que reúne en sí mismo la razón de ser; Aquel que es infinito en su esencia, indivisible en su sustancia activa y simple en su poder, en su pensamiento, en su amor á sí mismo, que es el amor del bien absoluto contenido en Él, y por consiguiente, del bien que se halla en los seres creados. El plan del mundo se halla en la mente de Dios; la causa final que determina su elección la encontramos en su amor al bien; la causa eficiente se ve en su poder y en su voluntad creadora, que es un acto de imperio, de inteligencia y de amor.

Véase, pues, cómo la filosofía espiritualista de la naturaleza excluye al ateísmo y al panteísmo, porque las demostraciones de la contingencia, las de las causas segundas y las de la necesidad imperiosa de una causa primera, exclusiva, infinita, indivisible, eterna, soberanamente inteligente y buena les conduce al conocimiento de la VERDAD SUPREMA. El panteísmo idealista, y el fatalismo, que es su consecuencia inmediata, se hallan también excluidos por la demostración incontestable de la sustancialidad, y por la actividad eficaz de las causas segundas, y en particular por la justificación de la libertad moral del hombre, testificada por la conciencia de la humanidad. Al mismo tiempo, la Providencia se halla también plenamente justificada, y el optimismo racional se ve apoyado, por lo que toca al orden general del Universo, por la doctrina del progreso.

Ahí teneis ligeramente indicado, Excmo. é Ilmo. Sr., cómo el estudio de la naturaleza en su parte sublime y elevada, se

aproxima más y más al conocimiento del hombre y de la Divinidad. Pretender absorber una ciencia experimental en los principios psicológicos; no ver en las nociones que adquirimos de todo aquello que está fuera de nosotros más que conjeturas é hipótesis encadenadas entre sí y supeditadas á las leyes de nuestro espíritu, pero desnudas de toda certeza objetiva, esto, en verdad, no es más que un escepticismo perjudicial que hiere de muerte el estudio de la naturaleza, y que puede conducirnos á la duda absoluta aun en los mismos fenómenos psicológicos; porque estos fenómenos solo existen para nosotros bajo la condicion de ser los objetos de nuestros pensamientos, como sucede con los fenómenos exteriores y las verdades absolutas. Por otra parte, pretender construir un mundo *á priori* que sea la imágen y representacion de nuestras ideas, con las que venimos en último resultado á identificarnos, considerándolas iguales á las de una sustancia universal, es hasta cierto punto una extravagancia, una aberracion funesta, tanto á las ciencias naturales como á las ciencias filosóficas. Pues que una es la *verdad*, una debe ser la filosofía.

XII.

Voy á concluir, Excmo. é Ilmo. Sr.: Grave, comprometida y trascendental es, dignísimos Profesores, la responsabilidad que pesa sobre nosotros. En nuestras manos se halla la regeneracion y el porvenir de la sociedad española. Debemos instruir á esta juventud estudiosa, bello ideal de la patria mia, para que algun dia constituya la gloria de una nacion magnánima, y las libertades públicas, en todas sus manifestaciones, descansen sobre el pedestal de la sabiduría y de la honradez.

Hemos atravesado una época obstinada, en la que el fanatismo y la hipocresía servían de máscara á la enseñanza oficial. Hemos visto limitar el horizonte del pensamiento, aherrojar la inspiracion del genio, y aprisionar al hombre á quien Dios quiso hacer libre, inteligente y pensador, al carro de la ignorancia, del vicio y de la corrupcion.

Queremos que la segunda mitad de nuestro siglo sea feliz y dichosa; queremos que la virtud impere; que se mejoren las costumbres; que todas las aspiraciones del ciudadano sean nobles y elevadas; queremos que se destruya el cáncer roedor de la juventud y de la sociedad, que viene inficionando con un virus maléfico los sencillos corazones de las inteligencias en los primeros albores de su desarrollo moral y científico; queremos que el principio liberal, con todas sus consecuencias, sea la norma de la civilizacion y el áncora salvadora que sirve de sólido apoyo en el naufragio de la vida; queremos que la cultura y el estudio penetren en el taller del honrado artesano, en la choza del laborioso labriego, lo mismo que entre el industrioso comerciante y el hombre acomodado; queremos, en fin, que la historia señale nuestra gloriosa regeneracion social con caracteres imperecederos, y que las conquistas del heroísmo y de la abnegacion sean un dique poderoso do vengan á estrellarse la impotencia de la reaccion, para que la posteridad bendiga el santo movimiento nacional.

Empero para conseguir tan humanitarios como patrióticos deseos; para que tan lisonjeras ilusiones lleguen á realizarse; para que de una vez aplastemos el reptil inmundo que con su baba asquerosa inocular á la juventud, fácil de impresiones engañosas, y no la dirija paulatinamente por la tortuosa senda de una supersticion mentirosa y de una hipocresía falaz y trascendental, justo será, Excmo. é Ilmo. Sr., que la instruccion pública, la enseñanza del pueblo, árbitro de sus destinos y porvenir, esté encarnada en el principio liberal, al alcance de todas las fortunas y posiciones sociales, y sin obstáculos ni entorpecimientos que la aprisionen en un círculo de hierro.

Procuremos, ilustres Profesores, coadyuvar eficazmente á la

obra comenzada; llevemos nuestros materiales científicos para que prospere y consolide; sea la enseñanza oficial el baluarte inexpugnable de las libertades públicas, de la moralidad y de las garantías del ciudadano; y la patria agradecida bendecirá nuestros nombres, y las futuras generaciones os aclamarán como los apóstoles y sostenedores de nuestra santa y gloriosa revolución.

HE DICHO.

